NO HURTAR

R.41.712

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

EL DECÁLOGO

NO HURTAR

NOVELA ESPAÑOLA

BARCELONA
LOPEZ, Editor
20, RAMBLA DEL CENTRO, 20
1890

ES PROPIEDAD

BARCELONA
Imprenta de «La Ilustración Ibérica»
CORTES, NÚMS. 365 Á 371

NO HURTAR

I

¡Oh dulce primavera, madre de las flores, reina del amor y alegría de las almas juveniles!

¡Oh mayo delicioso de la tierra granadina! ¡Oh mayo delicioso que empiezas con tus cruces y acabas con tus altares, esos altares que parecen, en el Albaycín, más benditos y más alegres porque están en aquellas alturas más cerca del cielo y más impregnados de sus luces y de sus ambrosías!

Días son estos de alegres zambras

y grandes regocijos para la gente de allá, de aquellos barrios famosos, tan enlazados con las historias de nuestro país.

Claras, apacibles noches, convidan al observador discreto y amante del estudio de nuestras costumbres, á subir por aquellos callejones, solitarios como la pena y hondos y retorcidos como puñalada de rufián.

Pero estas mismas sombras, pero estos mismos fantasmas, que parecen danzar alrededor del curioso, como tenga imaginación de artista, son así como un nuevo atributo galano y bello con que se exornan las maravillas que allí contempla, esas maravillas ante las cuales el profano pasa sin conmoverse porque no las ve, porque no son plásticas y no hablan á los sentidos, pero que surgen cariñosas y fieles ante el cerebro que se baña en los puros goces de la sagrada luz.

Yo recuerdo la última noche que os visité, bellos altares del Albaycín. La luna acariciaba con dulce sonrisa las negras calles: desiguales masas de sombra ponían sus rayos, en las desniveladas travesías. ¡Escalones empinadísimos; paredes blanquizcas; solitarias torres de campanas, cuyos tañidos se perdían fantásticamente en los espacios como lamentos de amores y de plegarias; viejos acueductos, revestidos de yedra: viejos nichos de santos, con flores y luces; viejas casuchas con balconcitos atestados de rosas y claveles! ¡Yo os recuerdo como una sublime y primer ofrenda que Dios hace al forastero curioso antes de llegar al recinto encantado de los misterios y las alegrías; antes de llegar á los altares!

Aquí un ángulo tenebroso, de donde parecen brotar, con los claros oscuros de la luna, engendros deformes;

allá la lucecita que asoma como una estrella por entre la rendija del portalón vetusto; ventanas á cuyos herrajes se enroscan las madreselvas y las campanillas; aleros salientes de escuetos tejadillos que se revisten de jaramago; y, al salir luego á la placeta de San Nicolás, el abismo á nuestros pies, iluminándose con el resplandor puro de la luna, madre de la noche.

Sigue después aquel fondo de misterios, con los techillos desnivelados de las casuchas que blanquean en contraste duro con los altos cipreses y demás árboles, que surgen en tropel, como espectros melancólicos; y allá, como límite de grandezas inconmensurables, los accidentados declives del cerro que sustenta la Alhambra, y su cadena negra de torreones, que se levantan en la oscuridad, como grandes esfinges, símbolos de trágicas historias.

II

Por esas impresiones se pasa para llegar á *los altares*.

Aquí tropezamos con uno de repente: el del Horno del Moral, en la calle de Panaderos.

Es una casa de vecinos, y cada vecino contribuyó con su ofrenda para el altar, con todos cuantos primores sabe encontrar para ello la celebérrima mocita del Albaycín.

Otro hay en la calle famosa del Agua, donde lucen el garbo mozuelas y mozuelos, con sus donaires, sus coplas y su bailar.

Como tiréis por otro lado, os encontráis con el de la iglesia de San Luis: está en la misma portada, y ornamentándose como ninguno con las mismas preciosidades del templo.

En la calle del Salvador, brillan como pálidas estrellas multitud de farolillos: allí hay luminarias, allí flores, allí músicas, allí lo que Dios crió de hermoso y de alegre.

Se escucha por la Plaza Larga, el pregón de los vendedores, de los puestos de agua y dulce, de avellanas y *barretas;* y volviendo y revolviendo por callejones y placetillas, encuéntranse los atónitos ojos, con cuadros animadísimos, que centellean de luz fantástica y caprichosa, pura como la naturaleza y grande como el pueblo.

De todos los barrios de las poblaciones de Andalucía, el Albaycín y los que le rodean, son los que han guardado con más fe y ahinco el sello de

su antigua expresión, en el carácter, en las costumbres, en los tipos y hasta en el sublime abigarramiento de aquel escenario, que la fiebre de la civilización y del modernismo, no hizo estremecer en ninguna de sus sacudidas.

Puedo deciros, por lo tanto, que si la historia que os voy á contar no es de nuestros días, se la podrá fingir quien así lo quiera, perfectamente, como del tiempo actual, porque vendréis conmigo á uno de los altares más famosos del Albaycín, que se levantó para solemnizar la primavera hace ya muchos años, de igual modo que se levanta hoy, ó que se levantó, á lo menos, el año último. Estamos, pues, en la placeta de Isabel de Solís.

Formábase el altar, por un conjunto extravagante, pintoresco y hermoso, de todo lo que la fantasía ha podido imaginar para confusión y marasmo

de los sentidos. Era un espacio de la calle, cubierto con sábanas blanquísimas y colchas de percal, de colores. En el fondo está el altar, y se ven allí, apretadamente, ramos de rosas, candeleros, velas que iluminan la imagen con profusión gigantesca, y que iluminan de camino los salados rostros de aquellas muchachas del Albaycín y de los mozuelos que arman la fiesta delante del altar famoso. Las luces reverberan sobre los cristales y los marcos de las cornucopias; los pies se hunden en mullido lecho de olorosa juncia; sobre las sábanas y las demás colgaduras, y los doselillos encarnados y de todos colores, y en todas partes donde la vista se dirige, hay cuadros de santos, que constituyen uno de los ornamentos del altar.

Allí no se bailó aquella noche, según se sabe fidedignamente por algunas viejas comadres que lo recuerdan: se

tocaba y se cantaba, y era un primor lo que allí se oía de música y de canto.

No hay mozuelo, en el Albaycín, que no toque la guitarra, con gran jalear de los otros.

No hay mozuela, en el Albaycín, que no cante maravillosamente, con gran estribillo de la multitud, de alabanzas y requiebros á la que cantó.

Lo mismo, si se ofrece, canta el hombre, con un sentimiento y un aquel que marea; y lo mismo, si se ofrece, coge la hembra el guitarrillo, y arma allí, con sus dedos salerosos, un rasgueo que hace estremecer las piedrecitas de la calle.

Como heroínas de la fiesta á que yo me estoy refiriendo, citábanse tres muchachas como tres soles, cuyos nombres sería conveniente que pasasen á la historia para su fama y esplendor, y eran estos nombres, el de Milagros, Remedios y Antoñita.

Milagros, la sin par Milagros, era la que se preparaba á cantar la copla yo no sé cuántas, al yo presentar á mis lectores en la fiesta.

Tosió un poco para aligerar un poco también la garganta, de la garrasperilla que allí se le plantó con el frenesí del canto y el relentillo de la noche; tosió también el *tocaor*, reinó un silencio sepulcral, y, con la gracia bendita con que saben hacerlo todas las mozuelas del Albaycín, salió Milagros con su cópla, dulce, apenada, llena de vigores, de sentimientos, argentina y pura, embriagadora y alegre, haciendo estallar en aplausos á los que oían.

III

No vayáis á figuraros que mi historia de hoy es una historia que yo invento. Lejos tal suposición, que es verdadera y muy verdadera.

—Eso puede usté escribillo siempre que le dé la gana, que yo estoy aquí para rispondé, sólo que ya soy viejo y puedo morirme pronto, en cuyo caso maldita la gracia que ya tendría, y po ese motivo quisiera yo que usté escribiese la historia cuanto antes.

Esto me decía quien me suministró los curiosos datos de la presente historia.

Era un hombrecillo rechoncho, de ojos grises que parecían jugar al esconder con los párpados, demasiado gruesos.

Tenía cejas espesísimas, muy largas, grises también, que se le iban empinando lentamente, conforme el hombrecillo iba entrando en el calor de su discurso, á la par que hablaba.

Yo ofrecí, bajo palabra de honor, escribirlo á seguida, y tuve la suerte de cumplirle lo que le ofrecí, mucho antes, á la verdad, de que se muriese; porque después de haberle leído y releído mis cuartillas una vez y otra, y de haberme dado su aprobación, está el hombre sano y vivo y como con trazas de poder todavía dar el visto bueno á muchos libros que no estén ni pensados siquiera.

Lo que pasó cuando Milagros acabó de cantar aquella copla, fué que todo el mundo se arrancó para ella

férvidamente, con grandes aclamaciones de entusiasmo, ofreciéndole vino y echándole requiebros hasta marearla. Hubo quien le tiró el sombrero á los pies; quien armó un *zapateao*, de gusto, en el arrecife; quien se tiró al coleto, de gusto también de haber oído aquellos chorros de armonía, un frasco lleno hasta el gollete; quien gritó *¡olé!* hasta hundirse, y quien hasta *mentó* la madre á la *cantaora*, en el frenesí de su alegría, por aquello que cantó.

Milagros oyó complaciente aquella, que era su apoteosis. La subían al pináculo de la gloria, y desde las alturas llegaba todo á sus oídos como enorme zumbar de colmena algunas veces, y otras, como retintín argentino de moneditas de oro.

Como había tanta *buya* y estaban todos los asientos ocupados, ella encontró pronto uno, antes de cantar, sentándose, sobre las mismas rodillas

de su madre, allí junto al *tocaor*, para que la cosa anduviera más unida, y lo del guitarrillo y lo de la garganta fuese todo uno, y no hubiera desconcierto ni *esaborición*.

Pedíanle todos que cantara otra vez; pero ella, sin hablar, llevábase las manos á la garganta, y con muy expresivo gesto, además de la mímica de la mano, daba á entender que tenía ya una ronquera de padre y muy señor mío y que no podía más.

—¡La última, la última!—dijeron todos.

Ella sonreía con la sal misma de Dios, y su carita blanca y mimosa se coloreaba dulcemente por aquel triunfo. Las compañerillas de canto, habían sido olvidadas por completo; pero era tal la simpatía de mi mozuela, que ni las eclipsadas por su donaire, tenían envidia. Es á todo lo más grande á que puede aspirar una mujer: á que

otra la admire sin prevención ninguna.

Ella sonreía, sonreía siempre, entornando los ojitos negros, cuyas pestañas larguísimas se cruzaban como en juramento de yo no sé qué cosa muy dulce y muy grande, que la mirada prometía.

Sentada incómodamente sobre las rodillas de la vieja, dibujábanse de un modo confuso, bajo su falda de percal llena de graciosos volantes, sus apuestas formas y, subiendo la mirada curiosa para arriba, encontrábase con el más lindo busto que admiraron los hombres, cubierto graciosamente con un pañuelo de Manila, con muchas flores dibujadas y muchos pájaros y mucha gloria de Dios.

Aquel busto, con su pañuelo amarillo, la modelada cabeza, hermosa y gentil, me hacen recordar varias estrofas de una larga poesía que no sé qué

poeta misterioso escribió para Milagros, en una visita que hizo al Albaycín.

. . . . . .

Tu busto es un espléndido
jarrón de níveas flores,
que labraron los ángeles
para inspirar amores,
humillando las galas
de divino cincel;
y en sus blancos alcázares
no recuerdo qué diosa,
se arrancó su magnífica
grandiosidad hermosa,
para endiosar tu cuerpo
trasladandola á él.

De las brisas balsámicas
de noches estivales;
del rumor del océano
rizando sus cristales;
de los dulces colores
de clavel y jazmín;
de armonías eróticas,
de vagorosas penas,
de incomparables hálitos
de rosas y azucenas,
modelaron los genios
tu cabeza gentil.

Esa cabeza artística,
que en vagos esplendores
de aureolas fantásticas
envuelve sus primores,
de influjo misterioso
llenando el corazón;
esa flor de los árticos
países de las nieves,
que al soplo de los ángeles,
como caricias leves,
se baña en la influencia
misteriosa de Dios.
. . . . . .

Milagros era realmente hermosa, pura, noble; era un portento primoroso de esos que surgen frecuentemente ante los ojos del admirado forastero, cuando atraviesa los barrios de las poblaciones andaluzas.

Tal era Milagros, la dulce, la buena, la hermosa Milagros; la que reconocían todos como reina del Albaycin!

IV

No pudo excusarse Milagros de cantar otra vez, pero prometiendo antes que sería la última.

Iba á hacerlo, pero en el mismo punto fijáronse sus ojos en una persona que había junto al altar, y sus facciones adquirieron de pronto una palidez de muerte.

Era un hombre á quien miraba, un hombre en quien ella había puesto sus ojos y á quien quería como se quiere al mismo Dios de la tierra y de los cielos.

Este hombre la miraba fijamente,

envolviéndola en la fascinación ardentísima de sus grandes ojos negros; ojos árabes, soñadores, febriles á la vez; ojos que eran el mundo único en que revoloteaba el alma de Milagros, desde hacía algún tiempo, meciéndose blandamente como en un idílico columpio de flores.

Lo que azoraba del todo á Milágros, era que el mozuelo, aquel gentil mozuelo de ojos árabes negrísimos y de bigote y pelo negrísimo también como los ojos, y de real apostura, decíale por señas, con muy poco disimulo ciertamente, que no cantase ni una copla más.

Milagros, muy pálida por el compromiso en que el mozo la ponía, se encogió de hombros con gracia y movió la cabeza á un lado y á otro con desesperación, como si dijera al enamorado:

—Pero ¡hombre! ¿cómo vamos á reremediarlo ya? ¡Esta siquiera!

El otro insistió en que no había de ser, y Milagros, confusa, vacilante, hallábase en el compromiso más grande que tuvo en la vida.

Le pedían la copla con horrible criterio, y clavó ella una mirada de súplica en los implacables ojos del tirano.

Él la miró ceñudo, sombrío, sin hacer un gesto ni un ademán; los otros seguían pidiendo la copla; y ella, no pudiendo ya desligarse del compromiso que contrajo, con la mirada triste puesta en el mozuelo, cantó su copla temblorosamente y sin expresión ninguna, de una manera que extrañó á todos.

La madre, que se escondía detrás de ella y que rodeaba su cintura con los brazos, cruzando sus manos por delante, la oprimió un poco para llamar su atención.

Volvió Milagros la cabeza, y oyó esta pregunta:

—Pero ¡hija mía! ¿qué te pasa?

—¡Que está ahí él!

—¿Y es eso para que te pongas así?

—Pero ¿cómo me pongo yo?

—¡Vaya, mujer, que esto aburre á cualquiera! Si ha venido, mucho mejor: es para alegrarse y no para entristecerse.

Milagros contuvo un suspiro y se levantó, mirando siempre hacia el guapo mozo.

Se inclinó hacia su madre, y le dijo al oído, en voz que parecía una súplica:

—Vámonos, mamá: yo te lo pido.

La madre se levantó de muy mala gana, pero su niña era antes que todo.

Ella quería marcharse y no había más remedio que hacerlo.

—Sí, hija mía: vámonos, dijo.

Se arregló Milagros su mantón que se le había caído hasta la cintura, mirando á la par con inquietud hacia donde el novio estaba, pero no le vió;

otras mujeres levantáronse también al levantarse ella, con idea de partir; se armó un barullo descomunal de besos de despedida, y de saludos, y de «que te acuerdes» y de «mira que vengas,» y de por aquí y de por allí; hasta que por último rompieron filas, Milagros delante con otra mozuela amiga suya, y detrás la madre de Milagros y la de la otra.

—¿Se habrá ido porque canté?—preguntábase Milagros con tristeza. Sus ojos, inquietos, buscaban inútilmente, en las penumbras de los bardales y en los oscuros huecos, una silueta confusa que le indicara súbitamente la aparición del novio. No podía con sus inquietudes. Luis era un buen muchacho, pero de mucho genio, y hasta le parecía á ella (para que veáis lo que son las cosas) que Luis la quería ya mucho más de lo conveniente: sí, le parecía que con menos pasión por par-

te de Luis estarían los dos más tranquilos.

Era muy largo el trayecto que tenían que hacer para llegar á su casa; y á otros menos familiarizados con aquellos sombríos callejones, á los que la luna daba extrañas y fantasmagóricas perspectivas, no hubiese sentado muy bien el nocturno viaje, por el gusanillo del miedo, más que por el cansancio que producía.

Las dos viejas charloteaban detrás sin preocuparse de que la luna alumbrara con más ó menos poesía, ni que las campanas de las Tomasas tañeran más ó menos tétricamente, cuando pasaron nuestras personas junto al aljibe que tiene el nombre de el convento; y hablo, á la verdad, de las escasas impresiones de las comadres, por lo mucho precisamente que impresionó esto á Milagros y á su amiga, otra muchacha rubia, de muy buen ver, pizpireta,

monísima, con una cara que parecía una rosa, y dos ojos que parecían dos rayos de sol surgiendo como dos bendiciones del cáliz mismo de la rosa.

—¡Jesú, hija! ¡Si e má de media noche ya! ¡Santo Dio, ¡cómo s' ha pasao el tiempo!

—¿Cómo más de media noche, Aurora?—preguntó Milagros como si saliese de pronto de una grande abstracción.

—Pero ¡hija! ¿no ve tú cómo están las Tomasas, que parece que s' han vuelto loca?

Comprendió Milagros entonces que lo que la sacó realmente de su abstracción había sido, más que la voz de Aurora, aquel toque lúgubre de las campanas del convento.

Se estremeció como si el contacto frío de la piel de una culebra le rozase el pecho, y estrechó maquinalmente el brazo que su amiga le daba.

—¡Ay, Dio! — dijo Aurora. — Pero ¡chiquilla! ¿qué e lo que á ti te está pasando?

—Tengo miedo, — exclamó la dulce muchacha en acento apagado y tembloroso.

—¡Virgen de mi corazón, con lo que ésta me salta ahora! ¡Válgame Dio, mujé! ¡Conque tienes miedo!

—¡Calla, que no te oigan! ¡Calla por Dios!

—Pero ¡chiquilla! si hace una luna como en mitá del día, y vamo las cuatro, y yo en particulá, que soy capaz de comeme al lucero del alba que se atreva á arrimase á nosotra ahora mismo.

—No, yo no tengo miedo á lo que tú te crees. Eso, eso de la luna es lo que me hace más daño: allá por el fondo, aquellas sombras que parecen levantarse y tenderse; y luego, por allí, mira Aurora, mira por allí los torreones de

la Alhambra: aquellas luces me parecen ojos de reyes muertos que asoman por las ventanitas cuando tocan aquí las campanas de las monjas.

—¡Bendito sea el Señó!—exclamó Aurora santiguandose de asombro.—¡Bendito sea el Señó, y qué criatura! ¡Cómo me la han puesto á la pobretica!

V

Estaban, como os he dicho, junto al convento de las Tomasas. Subieron la cuestecilla.

Milagros, que era ágil y fuerte, pareció haberse cansado mucho, pero no se cuidó de ello: continuó su camino, pensativa, sin hablar, cogiéndose del brazo de Aurora.

Esta no podía animarla de ningún modo: su alegre locuacidad no era bastante para romper el melancólico mutismo de Milagros.

Dejando á la izquierda el aljibe y la hondonada de los otros callejones,

subieron una angosta pendiente. Milagros volvió la cara de una manera maquinal, y sus ojos angustiados fijáronse en aquellos tres montes que semejan tres titanes poderosos para guardar las espaldas del Jeneralife; la Silla del Moro, perdiéndose confusamente en los blanquísimos celajes; y las copas de los álamos recortando el puro azul de los cielos, como sombrías manchas negras.

Todo, todo contribuyó aquella noche para aumentar la tristeza de Milagros. Después que hubo contemplado aquel fondo, que se encajonaba desde el primer término por dos vetustos paredoncillos, se alejó con Aurora hasta alcanzar á las dos comadres, que se habían adelantado distrayéndose en su charla.

Se perdió á espaldas de las buenas mozas el rinconcete aviejado del pórtico de las Tomasas, con su nichillo

arriba y su santo dentro del nichillo, maltrecho, desportillado y con embadurnamientos de almazarrón hasta en las niñas de los ojos.

—Vamos, vamos,—dijo la reina del Albaycín, brevemente.

Aurora no replicaba, procurando andar más aprisa: la dominó, al fin, el bicho malo de la tristeza de su amiga, y lo que deseaba ya vivamente era encontrar á su madre y á la de Milagros.

—¡Jesú, s' hija, qué cuestas!—exclamó una vez, por decir alguna cosa.

Iban subiendo una calle, arrecifada como todas, empinadísima, con unos descomunales peldaños que hacían echar los bofes á las pobrecitas mozuelas.

En la placeta de San Nicolás, esperábanlas las otras dos mujeres.

—¡Madre!—había gritado Milagros, conforme entró en la placeta.

—¡Aquí estamos, hija mía!— exclamó la madre inmediatamente.

Las dos muchachas corrieron en dirección al lugar donde habían oído las voces, allí en el centro de la plaza, debajo de unos árboles que todavía existen y junto á una cruz de piedra que existe también aún, alta, grande, bella, lustrosa, y predisponiendo el corazón á la melancolía, con las hojas verdes de los álamos, que caían sobre ella como lluvia bendita del cielo, y con aquellos rayos suaves de la luna que se filtraban por entre los calados de las hojas para poner su beso de luz sobre la fría y sagrada piedra.

Al llegar allí, Milagros, jadeante, conmovida, con los ojos inundados de lágrimas por no sabía qué dolores presentidos más que experimentados, se arrodilló súbitamente á los pies de la cruz.

—Pero ¡chiquilla! ¿qué es lo que á ti te pasa?

—¡Oh madre! Déjame, yo te lo ruego; déjame, por Dios, que rece; déjame, que es una corazonada: me parece que me ahogaré si no lo hago.

—Pues, hija, por mi parte reza hasta que San Juan baje el dedo.

Esto dijo la madre de Milagros. La de Aurora se encogió de hombros y fueron á sentarse las dos en el paredoncito que circunda la placeta.

—¡Oh, qué hermosura!—exclamó Aurora entonces, cruzando las manos.

Las tres mujeres quedáronse como en éxtasis á la contemplación del espectáculo maravilloso que se distinguía desde aquel mirador divino de la placeta de San Nicolás: los silenciosos espectros de las torres árabes de la Alhambra; los altos árboles, como escuetas sombras surgidas allí del caos, para guardar aquel gran mo-

numento de la leyenda; los pies del monte, bañado por las aguas centelleantes del Dauro; las lucecitas de los cármenes, como estrellas que brotaran no ya del cielo, sino de la profundidad del abismo.

Aurora volvió de pronto la cabeza, como si algo la atrayese de allí, de entre los árboles, cuyas verdes copas servían de dosel á la cruz.

Al principio dudó un poco, pero se convenció inmediatamente. Sí, lo estaba viendo: una sombra se deslizaba hacia la iglesia, saliendo de entre los árboles. ¿Sería Milagros? No, Milagros no podía ser: habíasele figurado á Aurora que no vió faldas en aquella sombra que creyó entrever.

Para convencerse corrió al pie de la cruz, y encontró á Milagros que rezaba todavía.

Al verla Milagros, se levantó y se aproximó á ella.

Aurora quiso preguntar á su amiga si estuvo allí alguien con ella, mientras la dejaron sola, pero no se atrevió.

Temía asustarla ó conmoverla más de lo que ya estaba antes.

—Oye,—dijo Milagros con más animación;—vente, vente conmigo.

—Pero ¿á dónde vas, muchacha?

—Allí, al aljibe: se me olvidó cuando pasábamos por el de las Tomasas.

—Pero ¡chiquilla! ¿qué fué lo que se te olvidó?

—Ven, ven,—repitió Milagros suplicante;—ven, que se pasará la hora.

—No,—dijo su amiga resueltamente;—no iré á ninguna parte como no te expliques.

—Bueno, por el camino te lo explicaré; pero no te detengas.

—Po andando. Pero... oye, habla ó me paro y no me mueve ni un terremoto: me estoy consumiendo de curiosidá.

VI

MIENTRAS llegaban al aljibe, decía Milagros apresuradamente:

—Pero ¿tú no sabes eso de los aljibes del Albaycín?

—Yo no sé una palabra de maldita la cosa, mujé: vamo, cuenta.

—¡Jesús, Aurora! ¡Si no va á darnos tiempo! Escucha: ¿qué hora será?

—Cuando salimo de l' altá no eran las doce: de modo que ya tú ve...

—¡Ah!—exclamó Milagros con un movimiento de satisfacción.—Pues te

lo voy á contar, porque tenemos tiempo.

Detuviéronse las dos junto al aljibe que lleva el mismo nombre de la placeta, y Aurora alargó el hociquito curiosamente.

La consumía la ansiedad. ¡Aquello de los aljibes había llamado mucho su atención! ¡Hombre! ¡Y ella que no lo sabía! ¡Qué cosas, hombre, qué cosas!

Detuviéronse, digo, y las dulces siluetas de las dos muchachas recortáronse suavemente á la luz de la luna.

—Mira,—dijo Milagros en voz muy baja como si fuese á revelar un secreto de muerte;—hubo un rey...

—Bueno: hubo un rey... Ha habido muchos. ¿Qué más?

—Que tenía una amante...

—Pero ¡mujé! ¡vaya una cosa! Eso le pasa á toiticos lo s' hombre que tienen sangre en el cuerpo.

—No, no es eso; pero... sí... Mira, quiero decirte que la novia del rey era una gitana.

—¡Aprieta, zambomba, hija! ¡Eso sí que tiene pelendengue! Dime tú: y aquel rey ¿quién era?

—Eso es lo que yo no puedo decirte, porque es un nombre muy enrevesado: lo que yo sé, porque nos lo contó una mañana el señor cura del Salvador, es que entonces, cuando pasó lo de los aljibes, en el Albaycín, así como tú lo ves, era donde vivía el rey, y que entonces no estaban aquellos tapiones de allá de lo alto, que parecen un cerco de las chumbas, y que no había más Granada que esta donde ahora estamos poniendo los pies, ni había Alhambra, ni había nacido quien la inventó.

—¡Jesú, s' hija! ¡Qué bien enteradita estás de todo!

—¡Eso! porque me lo contó el cura.

Pues tú verás: la gitana era muy hermosa.

—Bueno: ¡como para se la novia de un rey!

—Pero la muy indina fué y se la pegó.

—¿A quién se la pegó?

—Pues ¡á quién había de pegársela! ¡al rey!

—¡Digo! ¡Habrá marrana!

—Entonces había aljibes ya en el Albaycín.

—¡Ya ve tú! Lo que e eso, siempre: ¡como que siempre habrá tenío la gente se!

—Es claro. Y había un aljibe en el mismo palacio del rey, que era por allí por donde pasamos alguna vez, ¿tú sabes?

—¡Ay! ¿Por dónde? ¡Que yo sepa cuando es cuando paso por la casa del rey que era novio de la gitana que se la pegó!

—Pues mira tú, Aurora: según me dijo el cura, fué por allí, por junto al callejón de San Cecilio, donde están aquellos cachos de paredones tan machuchos y tan gordos.

—Como si lo estuviera viendo. ¡Anda, hija, anda! ¡Jesú, chiquilla! Pa aprendé está una en él mundo.

—El rey quiso matar á la gitana y no sabía qué castigo darle.

—¡To se lo merecía la muy puerca! — exclamó Aurora con casta indignación.

—Cállate, mujer, que no sabes tú lo principal y lo más bueno. El rey dijo, al fin, que quería echarla en el aljibe y cegarlo luego.

—¡Jesú, qué hombre má cumplío, hija mía! ¡Poco que me gusta á mí eso!

—Lo hicieron así: ahogaron á la gitana, la dejaron allí dentro, cegaron el aljibe; pero á la noche siguiente

había un boquetico que hizo la ahogada desde dentro, y por allí salía una luz muy triste.

—¡Ay, qué miedo, Milagros! ¡Ahora sí que me da á mí miedo!

—Salía una luz muy triste y una voz muy dulce, la voz de la gitana, que decía: «—Yo estoy muerta, pero mi espíritu no: mi espíritu estará siempre en los aljibes del Albaycín. Dios lo quiere para que se limpie de mi gran pecado. Mocitas del Albaycín, no engañéis á vuestros novios.»

—Chiquilla, te digo que los pelo se me están á mí poniendo de punta y que yo no m' asomo ya al aljibe ni po un ojo de la cara.

—Cállate, cállate, que dijo más todavía.

—¡Ay Dio! Y ¿qué dijo?

—Que ella sería en adelante, por los siglos de los siglos amén, el espíritu bueno de las mozuelas del Al-

baycín: que cuando alguna mozuela quisiera consultarla, que asomase la cabeza al aljibe y la consultara; que ella contestaría siempre lo mejor, quitándola de un mal paso y de una mala hora, y que lo mismo haría con todos los mozuelos; pero hay que preguntar á una hora fija.

—Y ¿qué hora e esa?

—De doce á una de la noche del día en que fué metida por el rey en el aljibe; y también puede hacerse á la misma hora de la noche antes, ó de la noche después.

Aurora dió de repente una patada en el suelo, lanzando una exclamación de impaciencia.

—¿Qué te pasa?—preguntó Milagros, asustándose.

—¡Cállate, hija, que con la comersación se mo fué el santo al cielo!

—¡Cómo! ¿Será ya más de la una?—preguntó Milagros con profundo dolor.

—Po ¡hija! ¡ya lo creo! ¡Jesú, y que e ahora cuando m' han entrao á mí unas ganas tremenda de preguntá á la gitanilla por mi novio! ¡Vamo, que me voy á morí de una pataleta!

Se lanzó Aurora, diciendo esto, hacia el aljibe, y, cerrando los ojos, porque, la verdad, tenía mucho miedo, exclamó á grandes voces:

—¡Gitana! ¡Gitana!

El eco solamente le contestó, pero fué bastante para que Aurora retirase la cabeza precipitadamente.

—Sí,—exclamó con un lindo gesto de contrariedad;—á la otra puerta.

—Eso es porque ya ha dado la una, — exclamó Milagros desolada.

—¡Jesú, s' hija! ¡Qué coraje!

—Mira, — prosiguió Milagros de pronto;—hoy estamos á veinticinco.

—¿Y qué?

—Yo no sé, pero me han dicho á

mí que hoy es cuando cumple años de la muerte de la gitana.

—¡Po tú dijite que no sólo podía preguntase la misma noche, sino la que está ante y la que sigue.

—Sí, sí, —exclamó Milagros con profunda emoción.

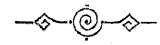
—De modo que mañana...—murmuró Aurora, muy conmovida.

—Mañana... sí, ¿lo sabes? mañana vendremos.

—¡Po ya lo creo que vendremo!

A las voces de Aurora llamando á la gitana, habían acudido las viejas, extrañándose de aquellos gritos.

Pero las muchachas, de acuerdo ya é interesadísimas en la aventura, no dijeron una palabra, continuando su camino todas tranquilamente, por la calle de San Nicolás abajo.



VII

GUARDARON desde entonces las dos muchachas un silencio muy expresivo; un silencio que daba á entender claramente lo mucho que iban hablando en su interior.

Las comadres iban detrás, en su charla sempiterna sobre lo mal que andaba el mundo, y el poco trabajo que había, y lo caro que estaba todo. Luego entrometían en esto la historia de Fulanica y de Menganica: que si esta era de un modo, que si la otra era de otro; que si palotes, que si perfiles; que si patas arriba, que si patas abajo; y

sin cuidarse poco ni mucho de las grandes cosas que andaban por las cabecitas de aquellos dos adorados pimpollos que iban delante.

Entraron de esta manera en el callejón de las Monjas.

—¡Jesús!—dijo de pronto Milagros. —¿Por qué habremos echado por aquí? Mamá, vámos á volver.

—No, hija, eso sí que no, que no estoy yo pa meneos, porque me pesan mucho los talones. ¿Ya hemos echado por aquí? Pues adelante.

Anduvieron sin hablar más, pero era lo cierto que las cuatro mujeres llevaban una inquietud como para ellas solas.

Aurorilla, la más valiente como se tratase de echar fanfarronadas, porque no podía negar su sangre andaluza, era la que más miedo tenía, no sabiendo cómo arreglárselas para disimularlo.

Un pensamiento, un pensamiento so-

lamente había dado valor á Milagros para continuar por aquel camino: el pensamiento de que Luis pasaba por allí siempre para llegar más pronto hasta ella, porque se abreviaba mucho el camino.

Pero como este pensamiento de amor no lo tenían las otras mujeres, conforme se internaban en el callejón, el pánico se iba cogiendo más á ellas. Hubo un instante en que quisieron volver, pero era la verdad que, hallándose ya en mitad del camino, lo mismo era para morirse de susto seguir adelante que volver atrás.

—Vamos, vamos,—dijo la novia de Luis animadamente;—cuanto más pronto se salga de aquí, mucho mejor.

No precisamente débiles hembras, sino fuertes varones aguerridos, se hubieran guardado de pasar entonces ni pasan hoy por aquellos lugares sin sentirse poseídos de un profundo malestar

que se parece mucho al miedo, por más que digan otra cosa algunas malas lenguas. Es un interminable dédalo de callejones, arrecifados, estrechos, sin una casa, que forman ahora un recodo é inmediatamente otro. En las noches oscuras, nada se ve, naturalmente, y puede el caminante hacerse la ilusión de que aquellos lugares son menos tétricos de lo que son en sí; pero la luna, que debía presentarlos á nuestros ojos con más simpatía, hace, por el contrario, que un horror profundo se nos apodere del alma como con uñas de acero, quitándonos la respiración, porque nos oprime los pulmones y hasta nos aprieta la garganta como con misterioso dogal que no sabemos quién nos echa.

Como de este callejón tengo que hablar más adelante, paso ahora de largo, para seguir con las mozuelas y las comadres, que apresuraron la marcha, con más miedo cuanto más corrían.

Metiéronse, al fin, por otro callejoncillo mucho más angosto que los que ya habían pasado, muy desigual y lleno de inmundicias. Este callejoncillo fórmase por los costados de dos casas, una de las cuales es la famosa casa *del Gallo de viento,* que tanto asunto dió para escribir á novelistas y poetas árabes ó españoles.

Hoy aquel antiguo y destartalado caserón es llamado generalmente *Casa de la Lona,* y *Mirador de la Lona* la explanadilla que delante existe, desde donde se contempla á nuestros pies uno de los más bellos cuadros que Granada ofrece, al ánimo conmovido, de tan grande magnificencia artística.

En el sitio que hoy ocupa la *Casa de la Lona* existió el palacio de Aben-Abul, aquel rey moro tan amigo de la magia; y allí, en aquella misma casa, que es de vecinos desde hace mucho tiempo, vivía también Milagros como

otra reina, más reina que Aben-Abul, porque lo era de la hermosura y de todos los mozuelos del Albaycín, y porque como á cosa de magia, no había tampoco quien la ganase con la magia de su dulce mirar, lleno de purezas y de perfumes misteriosos y santos, y con la magia también de toda su personita, que era un portento de primores.

—¡Ay, gracia sa Dio que hemo llegao! — exclamó Aurora tomando resuello con fuerza, como si no lo hubiese hecho desde que se retiraron del aljibe.

Vivían las dos amigas en la misma casa, desde hacía mucho tiempo.

Entraron en ella, se despidieron las viejecillas, y las muchachas quedáronse á la puerta del cuarto de Aurora.

—Oye,—le dijo Milagros;—entonces iremos mañana á eso.

—Po si no voy á dormí esta noche de impaciencia.

—Iremos entonces: ¿es verdad?

—Po ¡ya lo creo que iremo, muchacha! Oye, dime: y la gitana ¿era fea ó bonita?

—¡Vamos, mujer! ¡Qué cosas tienes! ¿Cómo quieres tú que yo te diga eso? ¿La he visto yo alguna vez?

—Eso e verdá,—dijo Aurora pensativa;—pero yo creo que será un vejestorio. ¡Ay, chiquilla, chiquilla! Yo, la verdá, soy valiente, pero e cuando se trata de arrancá el pellejo á quien se ponga conmigo; pero ¡Jesú, s' hija! que no me vengan á mí con alma jen pena.

—Adiós, Aurora, que tengo mucho sueño.

—Mentira, tú no tiene sueño: tú lo que tiene son unas gana de llorar muy grande.

—Cállate, Aurorilla, y no me digas eso, que se me aprieta el corazón y me dan congojas.

—Tú va ahora mismo á plantificate en la ventana y á esperá á tu Lui, como si lo estuviera viendo.

—Pero ¿y qué quieres tú que haga?

—Acostarte, hija, acostarte. Si quiere hablá contigo, ¿por qué no vino con nosotra á l' altá? Tu madre había de se yo...

—Y ¿qué harías tú si fueras mi madre?

—Po pondría á ese las pera ja cuarto. ¡Jesú, s' hija! ¡Vaya un hombre!

—¡Oh! No digas eso, Aurora, que me haces mucho mal: Luis es bueno.

—Po que ta aproveche,—contestó Aurora, de mal humor, disponiéndose á entrar en su sala.

Milagros no la detuvo. Aquellas palabras de su amiga habían acabado de entristecerla. Quería quedarse sola para esperar á Luis, sí, para eso, y se metió en su alcobita, sin hablar una palabra con sus padres; se metió en

aquella alcobita de paredes blancas y de un vagoroso perfume que parecía de iglesia.

Se encerró por dentro, y abrió luego con sigilo una ventana. Esta ventana caía á la explanadilla de que ya hablé. Allí, en el poyete de la ventana, se sentó, permaneciendo con la frente apoyada en los hierros y los inquietos ojos fijos en aquel dilatado horizonte.

Pasó tiempo y Luis no llegaba.

—¡Oh! —dijo suspirando. —Pero ¿por qué no vendrá? ¿Qué le sucede esta noche? ¿Por qué me miraba de aquella manera? ¿Por qué no se acercó á nosotras?

¡Cuántas veces, como aquella noche, había esperado Milagros á su novio, puesta allí en la ventana, como entonces! Pero ¡qué diferente era la impresión de su alma dulce, á la que sentía en aquel momento! ¡Cuántas noches, esperando á Luis, su alma soñadora

habíase extasiado en la contemplación de aquel cuadro de maravillas, iluminado por la luna, que se extendía como una creación fantástica delante de sus ojos! La vega, hermosa y divina; el chal bordado de colores, con el cerro de San Cristóbal á la derecha; el Hospital Real más abajo; la plaza de toros, que derruyó el fuego más tarde; el Triunfo, con su lindo monumento de la Virgen; el arco de la Puerta de Elvira; todo como masas confusas, adivinándolo más que si lo viera, y descollando vagamente entre las abigarradas techumbres, con los árboles de los paseos y de las plazuelas, las graciosas torrecillas de San Andrés y de San Juan de Dios, San Jerónimo, en cuya bóveda existe el Sepulcro del Gran Capitán, y la torre de San Felipe, ese templo que ha sido consecutivamente cuartel de caballería, cuadra después, depósito de carbón y Escuela de Be-

llas Artes á lo último; es decir, de todo menos iglesia.

Pero ahora no podía ver Milagros nada de esto: ahora paseaba sus pupilas por aquel horizonte hermoso, lleno de luz, sin ver otra cosa que el nombre de Luis escrito en todas partes, y sin pensar en otra cosa que en la mirada brillante y dura que sorprendió en los ojos del hombre amado, allá en la fiesta, cuando le prohibió disimuladamente que cantara.

—Pero ¿por qué no viene?—se preguntó con profundo desaliento.—¡Dios mío! ¿Le habrá pasado algo? ¿Estará ofendido porque canté? Si viniera, yo le quitaría el disgusto. ¡Oh, sí! Yo sabría convencerle, yo sabría contentarle. Pero ¿por qué, por qué no... ¡Ay!—prosiguió interrumpiéndose de pronto en lo que antes decía.—¡Son sus pasos! ¡Es él! ¡Ya está ahí! ¡Oh, no! ¡Que no me vea llorar!

VIII

Se limpió las lágrimas apresuradamente, y no había concluído, cuando un hombre se aproximó á la ventana.

—¡Luis, Luis!—exclamó Milagros.

—¡Milagros!

—¡Oh! ¡Me parece mentira que te vea, hijo mío! ¡Qué susto me has hecho pasar!

—Porque tú eres así, mujer. ¿A qué vienen esas tonterías?

—No puedo remediarlo, Luis, no puedo.

—Pero... vamos á ver: ¿qué es lo

que ha sucedido? ¿Por qué fué ese susto y por qué aumentas mi inquietud ahora?

—No sé: ya te he dicho que me lo perdones, que no lo pude remediar. Estaba muy triste: no hacía más que acordarme de cuando te vi en la fiesta, con aquellos ojos que me echabas, que no eran tus ojos cariñosos de siempre.

—¡La fiesta, la fiesta!—repitió Luis en tono seco.—¿Sabes tú una cosa, Milagros?

—¿Qué? Dímela: yo quiero que me la digas.

—Que no quiero que vayas nunca más á ninguna fiesta.

—Pero ¡hombre! ¡por Dios! cuando lo noten mis amigas...

—¿Qué pasará cuando lo noten tus amigas?

—Que me criticarán y dirán que soy muy orgullosa.

—Bueno: y ¿qué te se da á ti, teniendo mi cariño?

—Pero ¡hombre! ¡por Dios! ¡qué cosas tienes! Mira, Luis: yo te pido, por la Virgen, que no seas de ese modo. Tienes un genio muy arrebatado, y lo más chiquitito te parece un mundo. Anda, hijo mío, mi querido Luis: mira que nunca vas á estar contento.

—¡Que no, que no quiero que vayas á ninguna fiesta!

—Pero ¡Jesús! ¿y mi madre? ¿Qué dirá mi madre cuando vea que me encierro entre cuatro paredes?

—Pues que diga tu madre lo que le dé la gana: yo no quiero. Me marea verte rodeada de todo el mundo y oir que todo el mundo anda requebrándote y diciéndote chicoleos, porque si cantas bien ó porque si cantas mal, y por aquí y por allí. En fin, Milagros: ¿tú me quieres?

—Sí, te quiero mucho,—contestó ella con un gran suspiro.

—Pero ¿mucho, mucho?—repitió Luis lentamente.

Los ojos de Milagros llenáronse de lágrimas.

El cariño de aquel hombre, una palabra, un gesto, una mirada sólo, la conmovían profundamente: aquel hombre era su destino; era el único á quien había amado en su vida y el único á quien podría amar. Comprendíalo ella, y se aterraba. Su juventud, su belleza, su corazón, henchido de nobles aspiraciones, hacíanle amar la vida; y como el árbitro de su vida era Luis, se estremecía por eso, aterrábase, volvíase loca de pensar que el amor de Luis pudiera faltar á su alma algún día.

Como Luis repitiese su pregunta, ella, temblorosa y palpitante, murmuró muy bajo:

—Te quiero, Luis, te quiero; y toda

mi sangre la daría yo gustosa para convencerte de lo grande de mi cariño.

—Bueno: pues entonces no irás á fiestas más en tu vida; yo sé que no irás.

—Sí, te lo prometo, Luis de mi alma; pero dime tú otra cosa: ¿tienes desconfianza de mí?

—No, no tengo desconfianza: me moriría si la tuviera.

—Así es como yo te quiero,—repuso Milagros animadamente.—Pero si no tienes desconfianza, ¿qué te importa, dímelo, que yo vaya á la fiesta ó no? Bien sabes tú que no es por mí, sino porque hay compromisos que da vergüenza no atender.

—¿Otra vez á lo mismo?—murmuró Luis sombríamente.

Y luego prosiguió en tono que se hacía más arrebatado conforme hablaba:

—Pero ¿tú no caes en la cuenta de todo lo que me tortura y me ahoga el ver como cualquiera que no sea yo puede acercarse á ti, y mirarte y hablarte y comerte con los ojos? ¿Tú no consideras que yo me desespero, porque me entran males de muerte y unas bascas en el corazón, que todo lo miro negro, así como si agonizara, porque mi muerte no fuera figuración, sino cosa de verdad y muy triste? Milagros de mi alma, mira que yo tengo celos.

—No, Luis: eso es terrible; eso es malo. Tener celos de mí es dudar, y tus dudas me matarían, yo te digo que me matarían.

—Yo tengo celos, pero todo lo olvido, porque sé que tú eres buena como Dios y no tienes la culpa de que te miren, sino ese Dios que te hizo tan hermosa: solamente que...

—Pero ¡qué! ¿te callas, niño? Hazme el favor de hablar. Mira que ya me

voy poniendo contenta: no me quites, por Dios, esta alegría.

—¡Antes quiero morir que verte triste!—dijo Luis apasionadamente.

—Pues habla y sé franco.

—Pero antes me quiero morir también, que verte contestar una palabra á lo poco ó lo mucho que te hable *Moquetazos*, el primo de tu amiga Aurora.

Milagro se echó á reir oyendo aquel apodo, y exclamó, como queriendo ponerse seria:

—Mira que no le pongas á nadie malos nombres.

—¡Ah! ¿Conque vas á defenderle? Espantárame yo.

—Pero ¡criatura! ¡qué cosas dices! ¿Estás loco, hijo? ¡A mí qué me importa ese!

—Tú bien que le hablas.

—¿No va una á contestar cuando le preguntan? Ya ves Luis: mientras

no me falte en una palabra siquiera...

—Es que si te faltara á ti con el pensamiento no más, le partía el corazón de una puñalada. ¿Tú lo oyes, Milagros?

—¡Jesús, María y José! Pero, Luis, ¡qué gusto tienes en que me ponga triste!

—Pues ya lo sabes,—repitio Luis muy taciturno,—por eso no quise arrimarme á ti en la fiesta, porque estaba él allí á tu lado y no quise que me señalaran con el dedo si armaba camorra.

—¡No, hijo mío! ¡Por Dios! ¡Que no tenga que decir nadie una palabra de ti!

—Pues para evitar eso te digo yo que no vayas á fiesta ninguna.

—Y ahora que me dices la causa es cuando yo no iré; lo haré todavía con más gusto, porque yo no quiero que ningunos ojos que no sean los tuyos se fijen en mi personita.

—¡Vaya por tu salero, Milagrillos, que me pongo yo, con esas cosas, más ancho que largo, y no sé lo que me pasa, de unos mareos que me dan!

—¡Ay, Luis! ¡Quién te viera siempre como estás ahora de contento! ¡No puedes figurarte la alegría que me das, chiquillo!

—Para ponerme contento del todo, Milagros de mi alma, toma una cosa que te traigo aquí, como prenda de recuerdo, para la reinecita de mi persona y de todo el Albaycín que eres.

—Y ¿qué es esto?—preguntó Milagros muy turbada, tomando una cajita que Luis le alargó.

—¿Quieres verlo?—preguntó él.

—Está muy oscuro,—contestó la muchacha, más y más confundida.

—Verás tú como yo encuentro luz al instante.

Diciendo esto Luis, encendió un fósforo y levantó la luz á la altura de

la cabeza de su novia. Encontráronse aquellas dos miradas, y Milagros inclinó los ojos, encendida de rubor. Sus dulces y correctas facciones tenían una expresión de contrariedad y de alegría, á la par, que hicieron estremecer de gozo al enamorado, que quedó contemplándola como en éxtasis.

—¡Oh, Dios mío!—exclamo Luis.—¡Qué hermosa eres!

IX

Oye,—dijo ella sonriendo y sin mirarle;—apaga esa luz.

Adelantó, al mismo tiempo la cabeza soplando para apagar la luz, pero Luis encendió otro fósforo inmediatamente.

—¿Otra vez?—exclamó ella con un lindo gesto.—¡Mira que me voy á picar!

—Oye, no te piques: si es para que veas mi regalo.

—¡Qué cosas tienes, hombre! Y ¿por qué te has metido en esto? Ya sabes tú que no me gusta que se gaste el di-

nero en tonterías. Además, tienes muy poco trabajo.

Mientras decía esto, abrió la niña el estuche. Al ver el contenido lanzó una exclamación de sorpresa. No había soñado nunca en alhaja de tanto valor: eran unos pendientes hermosísimos de oro y brillantes.

—¡Jesús!—dijo medio aturdida.—¡Pero esto valdrá muy caro!

—¡Qué ha de valer! Y si vale, mejor: todo lo del mundo te lo mereces tú, reina mía.

—Luis,—contestó Milagros gravemente;—estas cosas no me gustan: ni soy una gran señora que pueda ponérmelas, ni puedo permitir tampoco que gastes tus economías en joyas que yo no he de llevar con gusto, por todo eso que te dije.

—¿Me desairarás entonces?—preguntó Luis con tristeza.

En el alma de Milagros empezó á

librarse cruel lucha: no sabía lo que hacer: le asustaba desairar á su novio, pero le asustaba más todavía aquel extraordinario relampaguear de las facetas de los diamantes.

Aceptó al fin, pero con el juramento interior de que no se los pondría nunca; aunque ya, para tomarlos, tuvo que aguantar Luis una reprimenda feroz.

—Vamos, mujer, cállate ya y no se hable más de esto.

—Bueno, que no se hable, Luis; pero tú tienes un pecado y yo quiero que se te quite.

—¿Qué pecado es ese, reina mía?

—El de ser muy vanidoso.

—¡De manera que así vas á tratarme ahora!

—Así, y habrás de aguantármelo si me quieres; habrás de aguantar que yo te señale tus defectos para que sepas cuáles son y pongas mucho cuidado en corregirlos. Sí, Luis: eres vani-

doso, y eso podrá costarte serios disgustos. Tú no sabes á dónde puede llevar á una criatura una falta así. No olvides, hijo, lo que yo te quiero y que todo lo que te digo es por tu bien. Se empieza por poco y se acaba por mucho: hoy tu vanidad es perdonable; pero ¿y después? Hoy te gusta ir mejor vestido, que la gente de tu clase; te gusta componerte y te halaga que se figuren que tú no eres un trabajador, aunque, fuera de eso, en llegando el instante, te rompas el alma trabajando. Ese es un ejemplo nada más, pero podría citarte muchos. El de esta noche, el de ese regalo que acabas de hacerme, ¿no es un ejemplo también? No te salgas de tu condición, Luis mío. Tú eres bueno, tú eres generoso siempre; pero podrías ofuscarte y no seguir el buen camino por esas ideas que yo te quiero quitar. ¿Me oyes, Luis, me oyes?

—Sí,—exclamó Luis, tembloroso;—te oigo.

—Y ¿qué me dices?

—Que eres una santa, Milagros de mi corazón.

—Yo no soy una santa, hijito; pero me alegraría mucho de que lo fueras.

—Pero mira: ¿cuándo dejarás de regañarme?

—¡Anda, malo, que me haces penar mucho, con tantísimo como dices que me quieres!

—Dame esas manicas, mi gloria.

—Ahí tienes mis manos, y toda mi vida con ellas.

Luis las estrechó con ternura.

—Así,—dijo,—con las manos apretadas, quiero yo que me jures una cosa.

—¡Vaya si te la juro yo!

—Júrame que á ningún hombre en el mundo querrás más que á mí.

—Y ¿no es más que eso?

—Con eso me sobra, Milagros de mi alma.

—Pues mira, Luis: oye bien lo que te digo, que puede que convenga, para que me conozcas de una vez, y sepas, sin miedo de equivocación, á lo que atenerte. He nacido muy pobre, hijo mío, pero más orgullosa todavía que pobre, aunque no está bien que yo lo diga. Pero con mi orgullo no ofendo á nadie, y sé arreglármelas yo sola dentro de mi corazón sin ayuda de vecino; es decir, hasta que te conocí, que entonces ya dispuso Dios otra cosa y no hubo más remedio que pasar por el aro. Has de saber tú que, así, como yo soy, no me parezco á ninguna de las mozuelas á quienes tú conoces como yo: al pan, pan; y al vino, vino. Me gusta tener un novio para no tener más que ese, y casarme con él cuando Dios quiera, y si está contento estarlo yo, y si no lo está morirme de pena y

procurar contentarle; y no hay más Dios ni más Santa María que eso. Y la mujer que no sea así, á mí no me gusta y muy pocas peras partirá conmigo. Conque ya lo sabes, te quiero para quererte á ti y nada más: si tuvieras muchos millones, lo mismo te querría; si fueras más pobre todavía de lo que tú y yo somos, lo mismo. Te quiero, Luis de mi alma, para que no haya en el mundo más hombre que tú á quien yo me entregue, por quien yo viva y por quien yo muera, si es menester. Haré por ti todos los sacrificios, hasta el de la muerte: si estando casados tú enfermas, lo que no permita mi Dios, y no puedes trabajar, yo trabajaré por ti y por mí, y después de trabajar todo el día no dormiré en toda la noche para estar á tu lado, y todavía me quedará tiempo para ir á San Nicolás... ¡qué digo á San Nicolás!... al mismo San Miguel el alto, á pedir por

ti. Y toda esa caminata la haré de rodillas, y arrastrándome también, hasta que mane sangre de todo mi cuerpo; y cuanto más haga por ti, más te querré; y cuanto más te quiera, más haré por ti; y de ese modo ve tú midiendo todo lo que yo soy, y si tendré yo ganas de mirar á ningún hombre que no seas tú, ni de quererle ahora, ni luego, ni nunca.

—¡Chiquilla de mi alma! ¡Qué cosas tan buenas me estás diciendo!

—No, espera,—prosiguió Milagros jadeante y apretando fuertemente entre sus manos pequeñísimas las del novio;—espera, que todavía no acabé. Pero todo ese cariño que te tengo ¿sabes? todo ese cariño que te tengo, que es lo que me hace vivir, se acabaría de pronto con una cosa nada más.

—Y ¿qué cosa es esa, hija de mi alma?

—Conque dejaras de ser honrado.

—Pero ¡cómo te pones, mujer! ¿A qué dices esas tonterías?

—No, si ya sabes que yo te creo hombre de bien. Figúrate, hijo: ¿te querría yo si no?

—Pues entonces ¿á qué viene eso?

—Que estábamos hablando y quise decírtelo: cada criatura tiene en el mundo su modo de pensar.

—Mira, vamos á dejar eso.

—Vamos, porque eso es muy triste: además, que no hay razón para hablar de tales cosas.

—Yo no he sacado la conversación: ¿lo oyes?—exclamó Luis, duramente.

—Ni yo tampoco, Luis: es que ha venido á cuento. ¿Por qué no he de contarte yo á ti mi modo de ser, hijo?

—Vaya, ¿vas á incomodarte á lo último, Milagros?

—¿Yo qué me he de incomodar, hombre? ¿A son de qué?

—¿Estás contenta?

—Sí.

—¿Me quieres?

—Sí.

—Trae acá esa cabecita.

—¿Para qué?

—Para una cosa.

—¡Anda, malo! ¡Eso es lo que tú quieres!

—¡Uno, uno no más!

No se sabe lo que sucedió, porque nadie pudo verlo, ni la luna siquiera, que se había ocultado poco antes tras una nube sombría, que oscureció el espacio: un levísimo rumor hubiera podido oirse tal vez, rumor que parecía de un beso; pero no se puede afirmar de ninguna manera, porque en el mismo punto retumbaron las campanas de Santa Isabel, estremeciendo á los novios y haciendo salir dulces clamores de un nido de golondrinas, colgado en el alero de un balcón próximo.

X

Cerró Milagros la ventana suspirando, y Luis se alejó de ella suspirando también. ¿Quién de los dos tenía entonces más motivos para suspirar? Los dos sin duda, porque los dos estaban enamorados. No obstante, Milagros, en cuanto vió á su novio y habló con él y le oyó palabras de ternura, se tranquilizó casi por completo: Luis no; Luis no estaba tranquilo.

Cuando se separó de la ventana y observó que ya Milagros había cerrado, aproximóse nuevamente y permaneció

algunos instantes allí, con la frente apoyada sobre los hierros de la reja.

Nadie le podía observar y se entregaba á un misterioso dolor, un dolor grande de su pecho, que á él mismo le parecía más hondo con el interminable doblar de campanas y el clamoreo triste que partía, incesante también, del nido de golondrinas.

Levantó al fin la cabeza y miró á un lado y á otro como si extrañase el lugar donde se encontraba: pareció como si en aquel momento hubiese salido de una gran pesadilla. Nada, no pudo ver nada. La oscuridad era profunda: la luna habíale abandonado conforme la mujer amada se ocultó á sus ojos. La luna, aquella hada bendita de los cielos, no le protegía, no. Allá, en el fondo, distinguíase una inmensa faja gris, precursora del amanecer, y el hombre quedó un rato contemplándola con profundo temor, como

si esperase que surgiera de allí el rayo que le aniquilara.

Cruzó luego las manos como en ademan de súplica, y murmuró á la par con sombría desesperación:

—¡Qué hice, Dios mío, qué hice!

¡Ay, si Milagros le hubiera visto en aquel instante! Se hubiera vuelto loca de dolor, se hubiera vuelto loca de ver cómo lloraba Luis. Era un llanto desgarrador, inmenso, terrible; era un llanto en el que parecía exhalar toda la savia poderosa de su ser, todo su aliento, toda su vida; llanto del corazón, llanto de las entrañas, llanto que sólo puede derramar el humano una vez.

Besó, al fin, con religioso respeto los hierros de la ventana en que tuvo apoyada su frente y en donde en tantas ocasiones había apoyado la suya su Milagros, pensativa y soñadora, mientras le esperaba; besó los hierros,

digo, y se alejó de allí, vacilante, como si las piernas no le pudiesen sostener.

—Vamos,—dijo,—vamos, y sea lo que Dios quiera.

Introdújose por el callejoncillo por donde salieron antes al mirador de la Lona las cuatro mujeres, y se perdió por las laberínticas encrucijadas como un silencioso espectro que saliera de su tumba para visitar aquellos sombríos lugares.

Caminó de este modo algunos minutos, y, no pudiendo avanzar ya un solo paso, sentóse sobre una gran piedra que había junto á un bardal. El suelo estaba húmedo; el callejón, solitario y lúgubre como siempre. Por el lado interior de la tapia que formaba una de las paredes del callejón, trepaba hacia afuera, como risueña expresión de vida en aquel tétrico paraje, un primoroso tejido de yedra. Luis no lo vió, pero pudo tocarlo con su

frente al inclinarla de nuevo, aniquilado por aquella gran pesadumbre que le flagelaba el cerebro y el corazón, y se dió cuenta por eso del sitio en que se detuvo.

Hallábase junto al arco mismo de las Monjas.

A esta idea se estremeció profundamente y quiso levantarse para huir; pero no pudo: había un poder extraño, un poder inexplicable y misterioso, que le retenía fuertemente. ¡Oh, qué sitio era aquel!

Pasó por su imaginación, como un inconmensurable fantasma de fuego, la historia lúgubre que todo el mundo contaba de aquel sitio, aunque él no hizo caso de ella jamás, hasta entonces.

Aquel arco llámase *de las Monjas* por el convento de religiosas franciscanas que hay próximo, tan próximo, que las ventanillas de las celdas, y aun algunos tragaluces del templo, caen al

callejón, sobre el mismo arco casi. En los apuntes de su excursión por Andalucía conserva el autor las siguientes notas, que os darán más idea de aquellos parajes: «Volví atrás bajando por el callejón de las Monjas. Es melancólico, sombrío, lúgubre, lleno de recodos, lleno de pendientes. En un ángulo que se forma á la derecha está el arco. Es de ladrillo, sin mérito de ninguna clase. Junto á este mismo arco hay otro recodo pronunciadísimo, y, deslizándose siempre por el empinado callejón, contempla el caminante los muros exteriores del convento de Santa Isabel, antiguo palacio de Aixa la Horra, mujer de Muley, que tanta fama alcanzó. El arco, como dije, es de ladrillo, lúgubre, negro. Corónase de un ciprés, que se dobla á veces con el aire como el cuerpo de un ahorcado. Debajo casi de aquella fábrica denegrida y rota, hay una puerta pequeñita que

no se abre nunca, donde crece el verdín; un monte de jaramagos, con sus flores amarillentas, brota sobre un bardal; y surgiendo como un monstruo de entre la misma mole de otro viejo muro, levántase un árbol silvestre, cuyas raíces brotan de la pared como fatídica y espantable maraña de serpientes.» Esto es hoy en pleno día; figuraos lo que será de noche, y figuraos, sobre todo, lo que sería por el tiempo de mi historia, que fué hace ya muy cerca de medio siglo, cuando había más superstición, cuando el pueblo era más ignorante, cuando aquellos sitios naturalmente estarían más abandonados aún, porque la población sería menos numerosa; cuando apenas si había alumbrado; y (lo que no he dicho aún, porque lo guardaba á cosa hecha para lo último) cuando estaban más vivas en las imaginaciones las historias fantásticas de aquel arco sombrío, lugar

donde se hacía justicia en tiempos del señor rey D. Felipe IV. Dícese que en tiempos de este rey ahorcaron allí á gran número de conspiradores; más tarde dieron allí muerte á unos bandidos; y por último quedó el arco como instrumento de suplicio y fué una horca levantada allí perennemente (y lo está todavía) como recuerdo singular y terrible de tremendas hecatombes sociales. El arco de las Monjas, pues, ha sido hasta hace pocos años motivo de extrañas consejas, espanto de chiquillos y mujeres (y aun de hombres, si se me permite), y lugar, en fin, de aparecidos y de fantasmas.

Todo esto lo sabía Luis, y en aquella época causaba el callejón de las Monjas más miedo que nunca: decíase que unos duendes muy chicos se metieron por el acueducto que hay sobre el arco, y, deslizándose después por el agua, introdujéronse en el convento.

Las monjas, según el decir de muchos, muy bien enterados, estaban asustadísimas, y ocurrían en el claustro cosas muy extrañas. Pero esto no era de creer de ningún modo; á lo menos exteriormente, nada se podía juzgar, porque el convento permanecía solitario y tranquilo: á las horas del día y de la noche que la regla lo manda, sentíase el triste clamoreo de campanas tocando laudes, maitines, vísperas, ó lo que fuere, y escuchábanse los salmos de las monjas, en el lúgubre silencio del callejón, como tétricas oraciones de difuntos por las almas en pena de los que murieron en el arco famoso.

XI

Durmió Milagros un poco, y se levantó apenas entrado el día. Estaba alegre, tranquila, y los suaves colores ligeramente sonrosados, aquellos colores de salud que asomaban siempre á su rostro no obstante su dulce palidez natural, anunciaron á la madre que los quebraderos de cabeza de la noche anterior se le habían pasado.

Esto alegró á la madre mucho. Era muy vieja y había sido muy desgraciada: de cinco hijos que tuvo le quedaba Milagros solamente. Ella lo decía:

—Yo no sé lo que pasó, Virgen; pero apenas empezaban mis criaturicas á espigar, ¡pum! ya las tenían ustés que enflaquecían, y se ponían blancas como el papel, y empezaban á morirse á chorros, que era un dolor. ¡Probeticos! Se me murieron todos de la misma edad: las muchachas cuando iban á ser mujeres y los chicuelos lo mismo, cuando tenían catorce ó quince años. La única que se quedó fué Milagricos. ¡Vaya, y ha sido un milagro de verdad que no se muriera! Cuando tenía catorce años empezó tarí, tarín, pero luego, nada: pudo ella más, y se desarrolló la probetica. La sangre no se le pudrió en el cuerpo como á las otras, sino que fogó, porque Dios lo quiso; y estaba su niña muy desarrollada y muy requetebién: un milagro y nada más que un milagro. Después de aquellos días, nada: habían pasado ya cinco años casi, y ni un mal dolor

de cabeza. Milagricos era robusta como una vaca y sería una madre que hasta allí. ¡Jesú, qué chiquilla, no saben ustés! Por supuesto que las cosas que hace Dios parecen mentira.

—Vamo á ve, señá Micaela,—dijéronle en cierta ocasión;—¿y de qué se murieron sus otros hijos?

—Achicharraítos por dentro, hija; achicharraítos. Y no puedes tú figurarte: se morían con una tranquilidá, como si se durmieran. ¡Jesú, hija! ¡Y nunca he visto una cosa más pronta! ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!

Pero allí, en aquel rostro saludable, bellísimo, resplandeciente de vida, de juventud, de gracia; en aquel rostro de Milagros, que era un verdadero milagro de hermosura, estábase viendo que la *señá* Micaela tenía razón. Milagros no había nacido con el sello fatal que la condenaba: su complexión era poderosa, y su salud, por lo tanto,

admirable. Después de haber estado cantando hasta enronquecer la noche antes, una hora y otra; después de la grande aflicción en que estuvo, por su alma impresionable y pura, mientras esperaba á Luis; después de no haber dormido casi en toda la noche; se levantó fresca, exuberante, como una flor de aquellas de mayo que crecían en los huertos del Albaycín, bordeando sus negras tapias y apareciendo allá en lo alto como una risueña mirada de placer.

Un punto de inquietud tuvo, sin embargo, apenas se levantó; pero se dió maña para alejar aquella idea triste de sí: habíase acordado de los pendientes que le regaló su novio la noche antes.

Concluyó, digo, por desechar aquella inquietud muy pronto. ¡Bah! ¿Acaso Luis no la amaba lo suficiente para privarse de todo y ahorrar á fin de

que su Milagros de su corazón luciera prenda tan rica?—Pero no, eso no me gusta: puede dar en la manía, y entonces no habrá dinero bastante en el mundo. ¡Pobrecillo! ¡Cuánto me quiere!

Poco después de mediodía entró Aurora en su sala y la encontró cosiendo. La sala no era muy grande. Allí estaba el mobiliario, consistente en media docena de sillas de Vitoria, una mesa de pata de burra, pintadita de negro, con una urna con la Virgen de las Angustias y dos fanalitos á los lados; un espejo grande de marco viejísimo, que se suspendía del mismo testero sobre la urna casi; otra mesita pequeña, de pino; algunos cuadros con la historia incompleta de Matilde ó las Cruzadas; y la cama del matrimonio en un ángulo; una cama muy grande de caoba, con el barniz perdido del todo.

El otro departamento, único de que

disponía la familia, además de la sala que ya conocéis, era la alcoba por cuya ventana habéis visto y oído á Milagros hablar con su novio. Del mobiliario de la alcoba vale mucho más no decir nada: de la dueña, de Milagros, es de quien hay que hablar, á quien encontró Aurora allí junto á la ventana, sentadita en una silla baja, con los avíos de coser sobre otra silla y al lado una gran espuerta rebosando de ropa blanca por repasar.

En su trabajo estaba la reina del Albaycín, muy embebida y como si no se acordase de nada de lo del mundo, cuando la sorprendió Aurora. La muchacha se detuvo de pronto en la puerta de la alcobita como si la hubiese petrificado súbitamente un poder sobrenatural, y me apresuro á deciros que aquella influencia misteriosa y grande partía de la misma Milagros.

—¡Ay, chiquilla!—exclamó Aurora con su viveza peculiar.—¡Bien sabe Dio que no quisiera se hombre, na má que po una cosa!

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Milagros riendo.—Y ¿por qué quisieras ser hombre?

—Por casame contigo y na má que por eso, pa que tú lo sepa.

Se echó Milagros una mirada, valiéndose de un espejo que tenía enfrente; un espejo grande, de marco roto, y único objeto *de lujo* que en toda la casa se permitía: se echó una mirada en el espejo, digo, y toda la sangre se le subió de repente á la cabeza.

Hacía un calor bochornoso, y, como estaba sola, habíase desabrochado un poco su corpiño. En la abstracción de su trabajo, no cayó en la cuenta de que se le acabó de desabrochar. Veíase el nacimiento del seno, blanco, alabastrino, sedoso. Aquella piel parecía

hecha de hojas de flores: un suavísimo color sonrosado hermoseaba sus carnes subiendo hasta su cuello y envolviéndole éste y la cara como en un baño misterioso de esencia de Dios. Sus grandes ojos negros, dulces, profundos, parecían chispear con alegrías recónditas que iluminaban su rostro de una manera fantástica: había mansedumbre y pureza en aquellos ojos; había ternura y santidad en aquella frente, aquella frente áureo trono de luz bendita, donde parecía flotar constantemente algún espíritu del bien, de esos cuya mirada buena enseña á los réprobos á sufrir y á rezar. Parecía allí Milagros, medio desnuda, con sus bellezas esculturales y dulces, y con el encanto puro que emanaba de todo su ser, uno de esos nobles personajes bíblicos cuya historia de santidad y de amores refresca el corazón y arranca lágrimas á los ojos.

Se apresuró Milagros á echar una pañoleta sobre sus hombros, diciendo á su amiga que se sentara á su lado.

—Oye,—exclamó Aurora, sentándose;—tengo mucha curiosidá, y de buena gana te haría una pregunta.

—Pero ¿puedo yo sacarte de esa curiosidad?

—¡Toma! Po ¡ya lo creo!

—Pues habla entonces: ya sabes tú que yo tengo mucha confianza en ti.

—Agradeciendo, hija. ¡Apena si las demá muchacha tienen coraje porque mos ven tan juntitas siempre! ¡Claro, como que to el mundo querría tenerte metidita con su Virgen en la urna de la mesa! ¡Válgame la pollinica! Pero se darán limpión, porque tú no hace caso de nadie.

—Mira, Aurora, no digas eso: yo hago caso de todo el mundo... que lo merezca, por supuesto.

—¡Hija, qué grave te pone!

—Porque no me gustan que crean que soy orgullosa y que no quiero hablar con nadie: primeramente, porque no tengo motivo ninguno para ser orgullosa, pues la hija de un trabajador soy, como tú y como las demás; y luego, porque si todas dan en ese parecer, llegará un día en que nadie me mire á la cara sin yo comerlo ni beberlo.

—¡Ay Jesú, mujé, que te inrita por na y toma las cosa ja pecho de una manera que da susto!

—Yo soy así, Aurora. Pero deja eso ya, y dime por qué tenías esa curiosidad tan grande.

—Po verá: ¿t' acuerda de anoche?

—¡Hija! ¿No he de acordarme?

—¿T' acuerda cuando te dejamo sola rezando junta la cru, allí debajito de lo s'árbole?

—Sí que me acuerdo, y de que nunca he rezado en mi vida con más fe.

—Po yo te quiero mucho, chiquilla, y estaba ya, en el ratillo que no estuvimo junta, con una desazón mu grande porque me separé de ti. Me entró la corazoná y me iba pa allá... Pero oye, dime, dime tú: mientra tú te quedate sola ¿no estuvo nadie contigo?

—¡Mujer, que cosas se te van!—exclamó Milagros poniéndose encarnada de vergüenza.

—¿De modo que no estuvo nadie?

—¡Otra vez!

—¡Pero dímelo, hija! ¡Que yo te lo oiga á ti!—gritó Aurora pateando el suelo impacientemente.

—Bueno: no estuvo nadie.

—¡Ajajá! Po eso creí yo, que no estuvo nadie. Bueno, hija: ¿po sabe una cosa? Que cuando yo volví la cara hacia lo s'árbole, vi que un hombre salía de allí, dirigiéndose hacia la iglesia. Yo no te dije na, porque te veía mu triste y temí marearte má.

—¿Sería Luis?—exclamó Milagros, pensativamente.

—Eso me figuré yo. Pero luego, hija, me estuve yo preguntando: «—Y Lui ¿por qué razón había de esconderse de esa manera? ¡Vamo á ve!»

—Ya sabes tú que es un poco raro algunas veces,—dijo Milagros,—sobre todo cuando se disgusta: anoche le contrarió mucho que yo cantara tanto.

—¡Ay, hija! ¡Qué hombre má·esaborío...!

Milagros guardó silencio, pero se conoció que sufría mucho de oir aquellas palabras: en aquel momento quiso á Luis más que nunca.

Con su instinto de mujer comprendió Aurorilla, que estuvo muy mal con lo que habló de Luis, y para distraer á Milagros de aquello, le preguntó alegremente:

—¿Qué vestío te pondrá esta noche pa i á *l'altá?*

—Ninguno, porque no iré.

—¿Qué no va ja i, chiquilla?—preguntó Aurora asombrada.

—No, no iré nunca: ni al altar ni á ninguna fiesta.

—Pero ¡muchacha! ¿por qué?

—Porque no es del gusto de Luis, —contestó Milagros dignamente.

XII

MURORILLA se tragó el pildorazo sin resollar: comprendió que había herido á su amiga hablando mal del novio, como tenía por costumbre, y se hizo interiormente juramento de no aludir nunca más en la vida á cosa que al novio pudiera referirse, sin perjuicio de conservarle en su corazón una profunda antipatía, por los siglos de los siglos.

No tuvo, sin embargo, resistencia para aguantar del todo, y dijo con mucho retintín, en aquel adorable estilo suyo:

—¡Jesú, s' hija! ¡Po vaya un plante que m' has dao!

—¡No seas tonta, muchacha!—repuso Milagros sonriendo.—Eso ya pasó, y te lo digo con mucha formalidad: no pienso ir á la fiesta esta noche.

—Pero ¿lo dice de verdá, chiquilla?

—Como ese sol que nos alumbra.

—¡Y que no quema, hija! Lo que e yo, estoy achicharrá. ¡Bendito sea el Señó, y qué caló hace!

Se abanicó Aurora fuertemente, agitó la cabeza de uno á otro lado como para tomar aire, y disimulaba de la mejor manera posible el efecto que le produjo la formal noticia de que Milagros no iba aquella noche al *altar*.

Milagros cosía, mirándola de vez en cuando, y sonriendo agradablemente al ver el cuerpecito gracioso y el mohín de disgusto de su amiga.

—Pero ¡oye!—saltó de pronto Au-

rora;—yo no aguanto má, porque me parece que voy á reventá si sigo aguantando: ¿y aquello?

Milagros se echó á reir á carcajada tendida.

—Y ¿qué es aquello?—preguntó entrecortadamente, por impedírselo aquella carcajada, que parecía el gorjeo de muchos pájaros unidos.

—¡Hombre! ¡No faltaba má que viniera á burlarte ahora!

—Te digo que no me acuerdo,—decía Milagros sin dejar de reir.

—Po yo te digo que t' acuerda, sólo que tú quiere armame á mí el lío con la noticia de que ni te ha vuelto á pasa esa idea po el magín.

—Vamos á ver, para que tú comprendas que no trato de burlarme: ¿tú hablas de lo del aljibe?

—Sí, que de eso hablo.

—Y lo de la gitana del aljibe, que dice á las mozuelas y á los mocitos

todo cuanto quieran saber y les convenga, de sus devaneos ó los devaneos de los demás...

—Sí, sí, eso.

—Pues yo te digo que eso es una tontería, de la que no has de hacer caso de ningún modo.

—¡Demonche! — exclamó Aurora asombrada, poniéndose las manos en la cabeza.—Po ¿no fuite tú la que me puso la cabeza como olla de grillos, con el jaleo del rey novio de la gitana, y de que la gitana se la pegó, y de que luego la gitana decía la buenaventura desde el fondo del aljibe?

—Sí, yo fuí; pero anoche estaba yo tonta, hija mía.

—¡Po no, ea! ¡Po yo quiero!—exclamó la muchacha como una niña voluntariosa.—Yo quiero i al aljibe, y meté la cabeza, y hartame de hacé pregunta pa sabé la verdá, y no está toa la vida con repeluzno pensando en ello.

—Pero ¡mujer! no pienses más en tonterías.

—¡Sí, ahora sale la mosquita muerta con la historia de que lo olvide to! Po no y no, que tengo que i, y que tú vendrá conmigo. Eso: tú vendrá porque tú me metite la gana.

Milagros se reía aún. Era una risa franca, natural, hermosa. Conforme reía, en toda la cara y en el cuello iba pronunciándose aquel color suavísimo de rosa: parecía entonces, la cabeza de Milagros, un fanal misterioso que se iluminaba interiormente con una luz de maravillas y purezas, con una luz que es el misterio santo de Dios: con la luz de la sangre, con la luz de la vida. ¡Oh, qué hermosa estaba!

—¡Vamos, mujer!—dijo poniéndose seria de pronto.—Y ¿qué harás tú como yo no vaya contigo al aljibe?

—Po una barbaridá mu grande que no he inventao todavía, pero que yo

me figuro ya lo grande que tiene que se.

—¿Irías tú sin mí?

—No, que no iría, pero tampoco vendría aquí má, ni te miraría á la cara, y me picaría contigo pa siempre. ¡Ea, ya lo sabe!

—Pero ¡mujer! no seas así. Te vas á la fiesta, tienes cuidadito, y te vienes del altar con tiempo: al pasar por cualquiera de los aljibes, ¡pum! metes la cabeza y negocio concluído.

—¡Es claro, mujé! ¡Mira qué arregladito te lo encuentras to! ¡Anda, tontona! ¡Como que tú cree que yo iré á la fiesta esta noche!

—¿Cómo que no irás? Y ¿por qué?

—¡Toma! Po porqué no vas tú. ¿A mí qué me importa la fiesta si no está conmigo la única amiga que yo tengo?

Milagros tenía un alma muy noble: era agradecida, y se conmovió profundamente de oir aquello. No se podía

pedir una prueba más grande de amistad á Aurora: sabía Milagros de más, que acudir á una fiesta era el frenesí de la dicha de Aurora, y la veía renunciar sencillamente á este placer, por causa de ella, con la mayor naturalidad del mundo.

—Vamos,—dijo emocionadamente; —no seas tonta: ve al altar, y cuando vengas para la casa, haces eso que te he dicho.

—¡Que no y que no! ¡Que no voy! —gritó Aurorilla moviendo los hombros muy enfurruñada y sacando el gracioso hociquillo hacia fuera en un gesto de mal humor que le era muy peculiar.

—¿Estás decidida á no ir á la fiesta?

—Sí, que lo estoy, ya lo sabe: lo estoy, y e una vergüenza preguntármelo má.

—Entonces, Aurora,—contestó Milagros lentamente,—yo iré contigo al

aljibe. Mi mamá ó la tuya, ó las dos si quieren, vendrán con nosotras.

Todo el mal humor de Aurora desapareció de repente. Se levantó, y empezó á dar saltos de un lado para otro, y á batir palmas, y á gritar en todos los tonos, cantando su alegría. Dirigióse, por fin, á Milagros y la abrazó tan arrebatadamente, que estuvieron á punto de rodar las dos.

—Pero ¡chiquilla! ¿qué haces?— exclamó Milagros, echándose á reir otra vez.

Dió otro salto la muchacha y salió de la alcobita, cantando alocadamente una copleja muy en boga.

Quedó sola Milagros y muy animada, sonriendo agradablemente de oir cantar á su amiga. Ella hubiese querido cantar también para distraerse; pero no le fué posible. Cantaba, cuando la hacían cantar, por complacer; pero ella no encontraba gusto ninguno

en oir su voz, aquella voz que tanta fama le había dado dentro y fuera del Albaycín, más que su hermosura, más que su gentileza, más aún que su honradez, aunque tuviese ya por estas condiciones tanta fama.

Pero ¿qué le pasó á Milagros aquella tarde? No era tristeza lo que tenía, no era inquietud: era un sentimiento indefinible y vago; un sentimiento que no se podía explicar, que la turbaba á veces, no sabiendo si su turbación era de placer ó de pena, pero que le quitó las ganas de seguir en la costura.

Al declinar la tarde, se peinó esmeradamente, se vistió su graciosa falda de volantes y su cuerpecito entallado, cubrió sus hombros con el clásico pañuelo de Manila, aquel pañuelo de la noche antes, con dibujos de pájaros y de flores, tan propias que parecían percibirse el perfume de las unas y el piar de los otros; entre los cabellos

azabachados y brillantes puso una rosa, que parecía allí una ilusión en mitad de un cielo de tormentas; y arreglada ya, empaquetadita, corrió la cortina de su ventana y se sentó en el poyete, donde tenía costumbre de esperar á Luis en las altas horas de la noche.

La sorprendió la oscuridad, puesta allí todavía: habíase abstraído con el embelesamiento de los muchachos que jugaban dando tumbos por el arrecife, de los gritos, de los cánticos, del pasar y cruzar alguna vez de los vecinos, del rumor de las golondrinas cuando piaban allá sobre su cabeza, del perfume de claveles y rosas que venía con el aire fresco del monte á refrescar sus sienes envolviéndolas en suave caricia, y de aquella luz tranquila de la tarde, que surgía del profundo horizonte recortando de un modo vigoroso los altos campanarios de las iglesias de Granada.

XIII

Cuando Aurora se presentó de nuevo ante Milagros, aun estaba ésta en su ventana, allí, sentadita en su poyete, con la cabeza junto á los hierros y la mirada inmóvil, fija en los espacios. No hubiera sabido explicar entonces lo que sentía, por mucho que se devanara los sesos para lo mismo: era una cosa muy grande que ardía en sus sienes y palpitaba en su espíritu, que se remontaba á otros mundos maravillosos é inconmensurables, como si cada uno de aquellos latidos fuera un aleteo gigantesco. Mi-

lagros sabía leer y escribir correctamente: eso nada más. Su instrucción, como comprenderéis, no tenía mucho desarrollo, pero en cambio había en ella una comprensión tan fácil, tan delicada, tan exquisita y susceptible, que valía más, muchísimo más, que la educación esmeradísima de muchas grandes señoras.

Milagros soñaba, pues, á su manera. ¡Qué extraños, qué dulces, qué puros sueños! Eran de una vaguedad que constituía su principal encanto y dulzura: bellos fantasmas cuyas siluetas luminosas, parecíale á Milagros que recortaban lentamente los sombríos horizontes, dejando en su camino una estela de nieve como los celajes blanquísimos de la Aurora; algo, impalpable y embriagador que henchía su pensamiento de grandes epopeyas que presentía sin conocer: Milagros era la mujer cristiana que veía á Dios á su

modo, grande, infinito, sobrenatural, como todo fiel cristiano; pero su imaginación ardiente del Mediodía revestíalo de otra aureola no menos interesante, que se daba la mano con las añejas y terribles tradiciones de amor, de venganza, que oía contar continuamente en los viejos casuchos del Albaycín, durante las largas noches de invierno.

Su espíritu, sereno y vagoroso, amaba la tradición, amaba la leyenda, saturábase ávido en los fuertes efluvios de aquellas grandes elucubraciones del pasado que llegaban hasta ella, de boca en boca, desfiguradas y enriquecidas de un modo que más les valiera ser pobres siempre; y entre uno de esos poemas gratísimos de la tradición, á que tanto lugar hacía ella en su alma, abriéndole de par en par las puertas, contábase la más hermosa tradición, la más pura leyenda, la más dulce poesía

que la pudiese engalanar, como sus cabellos negros se engalanaban con la blanca rosa de los cármenes granadinos: esto era su amor á Dios.

Era cristiana pues, pero una cristiana supersticiosa: sentía por Dios el temeroso respeto que tienen los muchachos al fantasma que les asusta, y el amor, al mismo tiempo, que se profesa á lo misterioso, á lo desconocido, á lo que nuestros padres, en fin, nos enseñaron á amar. Podéis figuraros, por esto, lo cristiana y lo supersticiosa que Milagros sería: os podéis figurar también qué clase de sueños eran los suyos.

Aurora la encontró allí mirando al cielo, pensativa y dulce, inmóvil, tranquila, suave como una alegre y muda visión: parecía, en aquel punto, una muerta á quien no cerraron los ojos.

No había nada, en aquel punto, que

la inquietase, ni la ausencia de Luis tampoco, porque hacía una semana que Luis, que estuvo sin trabajo mucho tiempo, velaba entonces hasta muy tarde en su lindo oficio de ebanista, para una obra que había que concluir inmediatamente. No había cosa ninguna, digo, que la pudiese inquietar; no había nada que pudiese abstraerla de aquel modo; y, sin embargo, á no ser por Aurora, que entró en la alcobita como una bala, no se sabe hasta qué hora de la noche hubiera permanecido así.

Todo lo que pensó, todo lo que soñó, mejor dicho, fué vago, sutil, sin concierto, pero muy dulce, aunque no supiese explicar en lo que la dulzura consistía; pero, al ver á Aurora, tomó fijeza su pensamiento, deteniéndose en la gitana de los aljibes: ardió de repente en la idea de preguntar á la gitana misteriosa: hasta entonces no

había pensado en ello desde la noche antes.

Cuando Aurora comprendió que Milagros tenía tanta ó más gana que ella de correr la aventura que sabéis, aquella noche, su alegría no tuvo límites: aquello fué un desbordamiento sin igual; y Milagros reíase con toda su alma.

Cenaron al fin, y, como se aproximaba la media noche, apresuráronse las dos á catequizar á sus madres, con objeto de que las acompañaran en la nocturna expedición, que pareció á las viejas *mu esaboría.*

—¡Sí, *esaboría!*—exclamó Aurora con uno de aquellos gestos de su uso particular.—¡Po si va á tene esto la sal de Dio!

Pusiéronse en camino, pero un tanto descorazonadas, porque no había luna en aquel momento.

—¡Vaya una gracia, hija!—exclamó

Milagros.—¡Mira á la hora en que la luna se nos fué á quitar! ¡Vamos á parecer fantasmas!

—¿Te da miedo? ¡Oye!—preguntó Aurora.

—A mí no, pero querría que no fuéramos así á ventestate, para que nos rompamos la nariz, á lo mejor, contra un esquinazo de esos.

—¡Hija de mi alma, qué cargante te pone!—gritó Aurora de muy mal humor.—No sé yo lo que te está á ti pasando desde hace poco, pero tú no ere la misma: tan pronto piensa una cosa, tan pronto otra. Anoche era la luna lo que te daba coraje: esta noche de lo que te da coraje e de la oscuridá. ¡Jesú, s' hija! Quien te entienda que te compre.

—Era porque anoche parecía yo una tontona.

—Entonce ¿ya no te parece que po las ventanita de las torre de la Al-

hambra se asoman los reyes muerto?

Milagros se estremeció: la evocación de aquel recuerdo de Aurora, hízole mucho mal y empezó á entristecerla.

—Mira,—exclamó queriéndose fingir contenta;—hazme el favor de no acordarte más de lo de anoche.

—Y ¿por qué no quiere que te lo recuerde?

—Porque no me gusta que me refrieguen por los hocicos mis tonterías.

—¡Vaya, mujé! Bueno: siquiera comprende ahora lo tonta que estaba. Mira, oye, mira: pero ¿tú sabe una cosa?

—¿Qué?—preguntó Milagros distraídamente.

—Que ya vamo á llega.

En efecto, encontrábanse en la calle de San Nicolás, muy próximas á la Placeta.

En aquel instante, un hombre se retiró precipitadamente de la esquina,

sin que las mujeres lo pudieran notar. Hacía una oscuridad profunda: al principio de la noche habíase entoldado el cielo: las nubes, negras y como preñadas de rayos, amontonábanse sombríamente como grandes monstruos que amenazaran despedazarse en la inmensidad.

No pudieron ver, por lo tanto, las mozuelas, al hombre que se deslizó destacándose de la esquina, hasta llegar á espaldas del aljibe. Hubiérase extrañado, á la verdad, quien sorprendiera al hombre en aquel punto. Estaba descalzo, y su única vestimenta consistía en la elástica y los calzoncillos. Se quitó estas dos prendas con pasmosa rapidez, y, antes de que las muchachas se aproximasen al aljibe, dió el hombre la vuelta, se cogió vigorosamente á la puertecilla, metió las piernas primero, el cuerpo á seguida, y desapareció en la oscura bóveda.

XIV

LLEGARON las mujeres á la placeta de San Nicolás. La señá Micaela estaba de muy mal humor porque le hicieron dar aquel paseo que no se explicaba; y la madre de Aurora, cuyo nombre desgraciadamente no ha llegado á nosotros, hallábase de un humor más malo todavía.

Decididamente, las muchachas se ponían muy sueltas, y era menester atarlas cortito.

—¡Calle usté, señá Micaela! En mis tiempos ¿cómo era posible que pasaran estas cosas? ¡Ay, Jesú, que de

acordame na má, se me encandilan lo sojo! ¡Aquello sí que era compostura en las mocitas del Albaycín, y no que hoy está to tan regüelto y tan asina! ¡Jesú, s' hija, que, la verdá, e una vergüenza!

—¡Qué me va usté á decí á mí señá...!—aquí el nombre de la madre de Aurora.—¡Qué me va usté á decí, si yo lo veo y no lo creo! ¡Caye usté, por Dio, que el Albaycín era otra cosa entonce! ¡Jesú! ¡Cualquiera diría que hace mil años que yo me casé! Mirusté, hija: ¿querrá usté creé una cosa?

—Usté dirá, señá Micaela.

—Que la hija de Palomo... Ya sabe usté quién e Palomo: ese josico retorcío, de ma jabajo de nosotra.

—Sí, sí: ya sé quién e. Y ¿qué le pasó á su hija, señá Micaela?

—Po na, que iba sola esta mañana, sin rey ni roque ni perrito que le ladrara.

—¡Ay, Jesú, mujé! Y ¿adónde iba esa criatura?

—Yo no digo que fuera á ninguna parte mala; pero ¿por qué iba sola, vamo s' á vé: me lo quiere usté á mí decí?

—Pero ¡bendito sea el Señó, hija! ¡Conque sola!

—Sola, en su sola cabo.

—¡Jesú, qué vergüenza! ¡Una mocita sola por esas calles!

—Porque no hay ya crianza ni buen ve, y porque los padres son los primeritos que se encogen de hombros. ¿Quiere usté ayudarme á sentí, con la educación que una mocita recibirá de esa manera? Yo le digo á usté que lo veo y no lo creo; porque, ya ve usté, parece mentira que se pueda tené tanto esparpajo!

—Por supuesto, señá Micaela: lo que e mi Aurora, no se tiene que juntá má con ella.

—Mire usté: de que se junte ó no mi Milagros con la muchacha, me importa á mí poco; porque e lo que yo digo: á quien Dio se la dé, que San Pedro se la bendiga. ¿Acaso porque se junte con la otra va á perdé mi niña? ¡Qué disparate! Ca una e ca una, y ya sabe to el mundo lo que mi niña e, y lo bien criada que está, pa que pierda po una cosa tan corta.

—Po mucha razón que tiene, señá Micaela.

—¡Ya lo creo, hija! Pero, la verdá, no tiene la muchacha la culpa, sino los padres que la dejan.

—¡Mire usté que es deshonrible eso! Si una sola ve siquiera me asomara mi Aurorilla los jocico á la puerta, sin está yo delante, se los desbarataba de un revé. Pero ¡vea usté qué cosa! ¿dónde se han metido esas muchacha?

—Ahí están, en el aljibe. Yo no sé

qué misterio e el que traen esos diablillo con asomarse al aljibe á esta hora.

En efecto, las dos amigas habíanse aproximado temblorosamente al aljibe. Ninguna se atrevía á hablar; pero, como si estuvieran de acuerdo, detuviéronse las dos á poca distancia.

—Oye,—dijo Aurora;—pero se mo s' olvidaba lo má importante: ¿qué le vamo á preguntá?

Milagros sintió como si toda la sangre se le subiera súbitamente á la garganta y no pudo responder. ¿Por qué era aquella emoción? Esto preguntábase ella, tratando en vano de sonreir.

—Oye,—prosiguió Aurora en voz muy baja;—yo voy á preguntale que cuándo me casaré. ¿Te parece?

—Lo que tú quieras,—contestó Milagros.—Yo le preguntaré otra cosa después. Anda, anda pronto.

—Y ¿qué va á preguntale?

—¡Qué sé yo! Cualquier cosa: lo que se me ocurra. Cuando lo haya preguntado te lo diré, con lo que la gitana me conteste.

—¡Ay, Jesú, Milagro de mi alma! Yo te digo que estoy más muerta que viva y que tú no lo sabe bien porque no me ve la cara.

—Vamos, hija, no seas cobarde. Mira que se va á pasar la hora.

—Pero ¿e la hora ya?

—Es claro, chiquilla.

—Po suponte tú, Milagro, que cojo á la gitana de mal temple cuando le pregunte, y se viene á mí y me coge po el moño y yo no puedo retirá la cabeza. ¿Qué hago yo entonce?

—Pues, hija, para embarcarse es preciso pasar la mar.

—¡Ay, Milagrillo! Anda tú primero.

—No, eso sí que nó. Primero tú, y,

en cuanto tú le preguntes, le preguntaré yo á seguidita.

—Anda, Milagro: mira que yo me voy á morí de miedo; mira que un coló se me va y otro se me viene, y tengo seca la boca, y me entra un tembló que parece calambre.

—¡Vaya por Dios, mujer! ¿Tan valiente como eras, y sales ahora con ese resuello?

—¡Ay, Milagrillo! ¡Si yo soy así! ¡Dime tú! ¿eso qué se puede remediá si e así como yo soy?

—Anda, cobarde: verás tú cómo yo le pregunto.

—¡Ay, sí!

—Pero retírate: no quiero que oigas al mismo tiempo que yo. Luego te diré lo que me haya preguntado y lo que me conteste, si es que me contesta alguna cosa.

La muchacha no se lo hizo repetir, y se retiró á una distancia bastante

regular. Milagros se fué directamente hacia la negra boca. Latíale el corazón, acelerado, y anudábasele la garganta, pero tenía valor y no retrocedería ya por todo lo del mundo. Introdujo la cabeza por el estrecho postiguillo, y quedó allí algunos segundos, inmóvil y palpitante, con la mirada fija en aquel fondo de negrura. Fuése tranquilizando un poco, aunque se oía su respiración agitadísima. Miraba con ansiedad, y de repente distinguió allá en el fondo, muy lejos (¡qué sabía ella! parecíale que á muchos millones de leguas de distancia, pero siempre allí en la sombría y tenebrosa oscuridad del aljibe), distinguió, digo, dos puntos brillantes, luminosos, siniestros: parecían dos centellas que brotaban vigorosas y amenazantes, de allí de la misma superficie medrosa.

—¡Ah!—dijo ella temblando.—¡Los ojos de la gitana!

Apenas hubo terminado de decir aquello, oyó que hablaban así desde lo interior del aljibe:

—¿Quién me nombra? ¿Qué me quieren?

Un estremecimiento profundo de terror agitó el cuerpo de Milagros. «¡Era verdad, Dios mío! ¡Era verdad la historia de la gitana! ¡Era verdad que se aparecía, á los que la querían hablar, en el fondo del aljibe! Sí: había escuchado su voz, una voz hueca, profunda, estridente; una voz llena de amarguras, de amenazas y desesperaciones; una voz que no parecía salir de ningunos labios, sino de aquellos puntos luminosos, centelleantes, fatídicos, que parecieron á Milagros los ojos de la gitana.

Lo terrible de la misma situación le hizo echar ánimos. Ya estaba allí; ya la gitana habíase dado á conocer; ya no había otro remedio que seguir ha-

blando; y, en voz apenas imperceptible, temblorosa y conmovida, preguntó:

—¿Es verdad que tú eres la protectora de las mozuelas y los mozuelos del Albaycín, que á ti acuden en estas noches?

—Sí: ¿qué es lo que quieres?

La voz era más triste, más sombría, más cavernosa.

Un sudor que parecía el de la muerte, brotó del cuerpo de Milagros.

—¿Me contestarás á todo lo que te pregunte?

—Sí, te contestaré, porque te quiero: te quiero porque eres la más hermosa, porque eres la más buena, porque eres la más pura, porque eres la reina del Albaycín.

—¿Sabes lo que te voy á preguntar, gitana de los Aljibes?

—¡Ojalá no tuvieras por qué preguntármelo! ¡Ojalá no hubieras conocido á

ese hombre! ¡Ojalá no le hubieras amado nunca!

—¿Por qué? Dime por qué,—exclamó Milagros desgarradamente.

—Yo quiero que te vayas, reina del Albaycín. Yo no te lo diré: tú eres buena, tú eres pura, tú eres santa. Vete y no me preguntes.

—Pero ¿tú hablas de mi Luis?

—¡De tu Luis hablo! ¡Maldito sea!

—¡Jesús mío, piedad! — murmuró Milagros sosteniéndose en el negro muro del aljibe, para no caer desfallecida.

—¡Tú serás mala también, si le quieres!—prosiguió implacable la voz de la gitana.

—Pero ¿por qué, Virgen mía, por qué seré yo mala? ¿Por qué es maldito él? ¡Maldita mil veces la hora en que yo vine á preguntarte!

—Serás mala, amándole, porque serás su cómplice.

—¿Cómplice de qué?

—Tú lo sabes, porque tú tienes la prenda hurtada. Cómplice de hurto: tú hermoso Luis es un ladrón.

Milagros lanzó un grito destemplado, horrible; un grito inmenso de dolor inconsolable; un grito á la muerte de todas sus esperanzas y de todas sus alegrías; un grito que pareció el último de su existencia. Se retiró de allí horrorizada, avanzó vacilante, y á los pocos pasos rodó por tierra sin conocimiento.

XV

NADIE se dió cuenta, en un principio, de lo que sucedió.

Aurora fué la primera en correr hacia la novia de Luis, procurando dominar la conmoción fuertísima que aquel grito le produjo.

—¡En qué mala hora la consentí yo á que vinieral — decía temblando. — ¡En qué mala hora! .

Inútil es decir, por lo demás, que se le habían quitado por completo las ilusiones que tenía de hacer su confidencia á la gitana de los aljibes.

Metieron á Milagros en la primera

casa de la calle de San Nicolás, conforme se sale de la placeta, allí, en la misma esquina, por ser la dueña amiga de antaño de la madre de Aurora.

A la *señá* Micaela todo se le volvía llorar y decir á unos y á otros, cruzadas las manos y el rostro contraído, que á su niña le pasaba alguna cosa muy grande y que ella estaba maldita de Dios.

—¡Calle usté, señá Micaela!—dijo la madre de Aurora.—¡Calle usté, hija, que Dio la podría castigá!

Todo se volvían comentarios y preguntas, pero se supo al fin lo ocurrido, aunque Aurora no dió ninguna luz sobre ello. Se enteraron de que la reina del Albaycín preguntó á la gitana de los aljibes una cosa, y que la gitana debió contestarle algo muy triste. En estas elucubraciones de los vecinos, volvió Milagros en sí. Estaba pálida como una muerta; tenía los ojos febri-

les y los labios apretados convulsivamente. Se acordó de todo, y al acordarse, se puso de pie como impulsada por terrible poder oculto.

Fué á salir, pero la detuvo su madre.

—Pero ¿á dónde va, hija mía? ¿A dónde va de ese modo?

—A nuestra casa. Pues ¿qué hacemos aquí?—contestó con mucha tranquilidad.

—Pero agradece siquiera el favó que t' han hecho.

Milagros dió las gracias y se excusó como pudo, saliendo inmediatamente.

—Eso no fué nada, —decía, contestando á las preguntas de Aurora. —Es que me pareció sentir ruido allá en el fondo, y me dió un miedo muy grande. Anda, anda más de prisa, que tengo muchas ganas de llegar.

—Pero ¡hija! tú está descompuesta, tú te calla lo mejó, Milagro; tú no

ere tan miedosa! y te quedaba allí con la cabeza asomá un rato mu grande, y por algo estarías asomá allí tanto tiempo.

La *reina* no contestó. Sentía una ansiedad horrible por llegar á su casa.

La *señá* Micaela habíase tranquilizado, porque no veía la cara de su hija, y no dió por esto á la cosa después más importancia que la del susto que su niña pasó.

Llegaron últimamente á la casa de la Lona. Aurorilla se metió en su cuarto sin haber podido sacar una palabra más á su amiga. Esta entró en su sala. Besó á su padre, que estaba ya medio dormido; besó á su madre, diciéndole que se acostaría muy pronto, porque le cansó mucho aquello de la placeta; y se metió en su alcoba, encerrándose como tenía costumbre. Encendió luego luz precipitadamente, fué á un arca pequeña que había á los pies del le-

cho, la abrió, sacó del fondo la caja que la noche antes le llevó Luis, apagó la luz, corrió á la ventana y abrióla con sigilo.

Una sombra se aproximó inmediatamente.

Era Luis.

Se convenció ella de que era Luis, en efecto, porque oyó un suspiro y porque oyó una palabra de amor en sus labios. ¡Dios santo! ¡Cuán dulces habían resonado siempre en su alma las palabras de amor de Luis, y cómo aquellas palabras hacíanla ahora aumentar aquel encendimiento febril de su sangre, aquellas angustias pavorosas que la aniquilaban!

No tuvo valor para continuar oyéndolas. Sin poderlo remediar, se le salían de lo profundo del corazón, á borbotones, un tropel de palabras que hacía esfuerzos prodigiosos por contener. Aquel tormento profundo de las

palabras que no podía pronunciar, impedíale seguir oyendo las de Luis.

—Basta, basta,—exclamó ella de pronto.—Luego seguirás: déjame ahora que te haga una pregunta.

Su voz era seca, aguda, desgarrada al mismo tiempo. Ella no vió el semblante de Luis, porque la oscuridad se lo impedía; pero se hubiese espantado de ver el profundo terror que aquellas facciones revelaban, aunque el acento de Luis pareció más asombrado que conmovido al responder de este modo:

—¿Qué pregunta es esa?

Lo que siguió fué terrible: tuvo todo el descarnamiento, toda la crueldad del suplicio más grande que se inventó para un hombre.

—Luis: ¿tú has robado estos pendientes?—Y al mismo tiempo se los ponía en las manos.

Tal fué la pregunta que oyó Luis. Zumbó en sus oídos cavernosamente

como el río desbordado suena en el corazón de quien combate, moribundo, para alcanzar la orilla. Milagros no vió la palidez de muerte que se extendió por la cara de su novio; Milagros no vió la expresión de dolor espantoso que contraía sus facciones; Milagros no comprendió que Luis no caía al suelo pesadamente porque habíase cogido á la ventana poco antes. Al oir la terrible pregunta, se le agarrotaron los dedos por una contracción nerviosa, y luego quedó allí como si colgase de los hierros. ¡Oh desdicha! No puede comprenderse cómo latió el corazón de aquel hombre en un segundo; no podría comprender nadie qué sones hubiera tenido la exclamación de espanto que hasta entonces había logrado contener.

—¡Milagros!—exclamó apagadamente.—¡Milagros! ¿Qué has dicho?

Y ella, con las manos puestas sobre

el corazón para sujetárselo y que no se le partiera, implacable, sombría, brutal, exclamó de nuevo:

—Pero ¿los has robado?

—¡Milagros! ¡Milagros! Yo te diré lo que ha sucedido,—exclamó el triste.

—¡Ah! Pero si yo no quiero que me digas nada de eso: ¡si lo que yo quiero es que me digas que no, que no, que no los has robado!

—Verás tú...—proseguía la voz aterrada de Luis.—No era verdad, no era verdad lo que yo te contaba: hace mucho tiempo que estoy sin trabajo, y ahora tampoco le hay para mí. Yo no tengo economías ningunas. Yo vi, una noche, que Aurora tenía una tumbaga que le regaló su novio. Tú me hablaste de ella mucho tiempo y de lo contenta que Aurora se puso.

—Pero ¿los has robado? ¿los has robado?—preguntaba Milagros maquinalmente, sin ver otra cosa que aque-

llos puntos luminosos y siniestros de las pupilas de la gitana del aljibe, y sin oir otra cosa que las palabras que salían de allá, del fondo, como si las pronunciase un genio del mal.

Y él continuaba aterrado, tembloroso, atropellándose al hablar por la idea del poco efecto favorable que sus descargos hacían en el corazón de la novia.

—Mira, Milagros: óyeme. ¡Yo te lo pido por mi cariño, por Dios y por tus padres! ¡Yo te lo pido por mi alma, porque yo me voy á morir desesperado si no me escuchas!

—Pero ¿los has robado?

—Yo sufría mucho por no poder hacerte también un obsequio: mi orgullo, este maldito orgullo, se rebajaba. Yo no sé lo que pensé ni lo que hice. Yo estuve una noche en casa de D. Ramón, maestro de tu padre; ese D. Ramón que anda detrás de ti y que no

deja á tu padre ni á sol ni á sombra para conseguir de ti que le quieras: sí, yo estuve allí para dar á tu padre las buenas noches. Tu padre se había venido ya. El maestro estaba solo. Me dijo que me sentara un rato, echándoselas de buen amigo. Luego se levantó, pidiéndome que le dispensara un momento, que iba á subir á su cuarto, y que vigilase la tienda mientras volvía. Se fué. Los escaparates estaban abiertos. Yo me acordé del novio de Aurora, de Aurora, de la sortija que el novio le regaló... ¡Ay! ¡Yo me acordé de lo que tú la habías elogiado, del dolor que yo sentí de no poder hacerte ningún obsequio! Tuve una mala idea: fué un delirio, fué una locura. Yo no sé lo que pasó por mí. Yo cogí lo que primero tuve á mano, un estuche: el de los pendientes esos. Me arrepentí luego, iba á soltarlo; pero bajó el otro y no pude. Salí espantado: por todas

partes creía encontrar ojos ardientes, fijos en los míos; por todas partes creía encontrar sonrisas de desprecio; me pareció que todo el mundo huía de mí. ¡Perdóname, Milagros, perdóname! Es que yo me volví loco y loco he seguido; es que yo no sé qué genio malo me impulsó y parece que me siguió impulsando hasta anoche, que vi en la fiesta relucir la sortija en el dedo de Aurora. Yo no te había querido dar los pendientes. Yo no sabía cómo volverlos á su sitio sin que me descubrieran, y siempre los llevaba sobre mí para aprovechar la primer ocasión que se me presentase. Estuve en casa de don Ramón, de ese que te quiere, y nada me dijo: no los habría echado de menos; pero yo no tuve ocasión ninguna de ponerlos en su lugar. ¡Ay! Anoche me tentó el demonio otra vez, por eso que ya sabes. Yo saqué los pendientes y te los di. Me pasó como cuando los

tomé: me arrepentí al instante, pero no tuve valor de pedírtelos, por miedo de que sospecharas algo. ¡Perdóname, perdóname, Milagros de mi alma!

Milagros, estuvo oyéndole jadeante, convulsa, hambrienta de encontrar en todo aquello alguna cosa que disculpase á Luis; pero no encontró nada y el corazón se le partía: encontró, sí, á un hombre que tuvo una mala tentación y no la supo rechazar valientemente; que después careció de valor para confesar su falta, devolviendo la prenda que había robado; que le infirió luego el ultraje de obsequiarla con una prenda que era su deshonra; y encontró por esto el crimen de Luis más terrible y menos digno de perdón. Desgarrábansele las entrañas pensándolo, pero era verdad. Ella no podía de ningún modo seguir queriendo á Luis: era una evidencia cruel, desesperante, monstruosa. Luis, aquel Luis adorado,

era un miserable, indigno, no ya de su amor, sino del aprecio de cualquiera que pasase junto á él. Esta convicción henchíale el alma de sombras, de terrores, de iras impotentes. Y ¿era Luis, y era aquel amado y pundonoroso Luis de otros tiempos, el hombre que tenía delante? ¡Mentira! ¡Mentira! No era aquél.

—¡Perdóname! ¿Me quieres aún?—decía Luis, en tanto, desesperadamente.—¡Perdóname y quiéreme, y dime la penitencia que he de cumplir, para que me limpie á tus ojos y á los míos de este pecado!

Ella sintió que se le abrasaba la sangre en terribles y locos fuegos que nunca sintió hasta entonces. Todo su dolor, toda su vergüenza, todas sus iras recónditas, todos los fantasmas terribles que henchían su cerebro, parecieron estallar de pronto en pavorosos gritos de anatema contra aquel

hombre. No tuvo compasión, no tuvo piedad, y exclamó así, fríamente:

—Ni te impongo penitencia, ni te perdono, ni te quiero: tu mancha no podrá lavarla nadie. Todo el mundo te dirá lo que yo te digo al hablarte la última vez: —¡Ladrón! ¡Ladrón!

Dijo esto Milagros y cerró con estrépito. Cuentan los vecinos que se oyó luego un gran sollozo y que Luis cayó desplomado delante la ventana.

XVI

Luis era un apasionado. Milagros tenía la poderosa fijeza de pensamiento de un místico. Por eso que he dicho nada más, puede comprenderse el desenlace que tendría mi historia: un desenlace terrible, cruel; un desenlace para que lo recordaran muchos años los alegres vecinos de Albaycín.

Milagros no volvió á pensar en otra cosa que en aquello durante toda su vida restante. Una vez, no más, habló con ella. La vió ya sólo esa vez, y en circunstancias bien tristes para

no tener consuelo ninguno porque la vió.

Pero ved aquí, ahora, para nosotros, fuera de exterioridades y contándoos francamente lo que el viejo me contó á mí, lo que ocurrió después y de qué manera vió Luis á Milagros aquella vez á que me he referido.

Luis se levantó á poco de haber cerrado su novia la ventana. Lloró allí silenciosamente, como Milagros lloraba en la oscuridad de su alcobita. No puedo yo deciros quién de los dos era más desgraciado. Luis lloraba la vergüenza y el dolor de su honra muerta, y su amor, muerto como su honra; Milagros lloraba por la honra de Luis, por el desengaño terrible que sufría, y por otra cosa aún, por otro sentimiento que le parecía entonces más grande que todos: por el sentimiento de haber aumentado la desgracia de Luis tratándole con tal dureza. Aque-

llo fué otro, así, como azote de rayos para flagelarle el corazón en torcedores horribles.

Cuando fué pasando aquella gran crisis que le produjeron la presencia y las palabras del novio, apenas hubo vuelto de *hablar* con la gitana de los aljibes, cuando vino la reacción y empezó á reflexionar en todo con más frialdad, aunque no con menos angustia. Tuvo espanto de lo que hizo: ¡había llamado á Luis ladrón!

¡Jesús! Aquel pensamiento se le agarró á las entrañas, apretándoselas como en troquel de bronce encendido. Ya sufrió por esto, más aún que por todo lo anterior. Ella no debía verle más, ella no debía hablarle; pero ella tampoco debió aumentar sus desdichas infiriéndole un nuevo insulto. ¿Ladrón? Que se lo llamasen los demás, pero ella nunca debió tener derecho para ello; nunca debió tener alma bas-

tante para lanzar aquel anatema vergonzoso sobre aquel á quien había amado y amaría siempre porque así lo tenía decretado su desdicha. Ella nunca debió injuriarle de aquel modo: por él primero, por ella misma después, y por aquel amor que había unido sus almas anteriormente.

—Pero ¡loca de mí! ¿por qué no deshago lo que hice? Le hablaré con dulzura, le diré que nuestro cariño es imposible, se lo perdonaré todo; pero nunca nos veremos más. ¡Ni él ni nadie! Yo no querré á nadie ya en el mundo.

Se lanzó á la ventana pensando esto, y abrió otra vez: tendió una mirada ansiosa, como si quisiera hendir con el rayo poderoso de sus pupilas todo el abismo de la inmensidad.

—Luis,—dijo en voz baja.—Luis.

No contestó nadie: silencio absoluto, reposo abrumador. Aquellas luces que brillaban débilmente allá en el

fondo, aquel cielo donde brillaban también débilmente algunas estrellas como las luces de la ciudad, aquel aire frío que heló su seno medio desnudo y sudoroso; todo le pareció muerto en aquel instante.

—Luis, Luis,—repitió.

Nadie contestó, nadie. Las pálidas estrellas de los cielos parecían oscurecerse ante los hermosos ojos de la reina del Abaycín, velados de no sabía qué sombras. Las luces de la ciudad parecíanle lágrimas que caían del cielo al fondo de un abismo, todas las lágrimas que ella, viva y muerta, habría de derramar por el recuerdo de aquella sombría noche de torturas. Creyó ahogarse y aspiró con ansia aquel aire frío que entraba en su pecho como ponzoña cruel que la mordía en la garganta y en los pulmones.

—Luis, Luis,—repitió nuevamente.

Y Luis habíase alejado con lentitud,

como la noche antes; habíase alejado por el mismo sitio; habíase sentado sobre aquel mismo pedrusco próximo al arco de las monjas, y su frente, abrasada, se apoyó también sobre aquel primoroso tejido de yedras trepadoras que caían desde el otro lado del negro bardal. ¡Ay! También como la noche antes, las campanas del convento tañían lúgubremente, como evocando con sus sonidos las sombras horripilantes de los que murieron allí en el anguloso callejoncillo por la mano del verdugo.

Luis no definía lo que le pasaba. Luis no sabía qué pensamientos eran los suyos ni qué sensaciones agobiábanle: él sólo sentía aquella honda pesadumbre que gravitó sobre él, aplanándole, desde que Milagros le dirigió la primera palabra aquella noche; y sólo veía la muerte en derredor suyo, la muerte descarnada, fría, cruel, im-

placable, que danzaba á su lado, tomando las figuras aterradoras de aquellos ahorcados del acueducto. Era entonces la hora en que Milagros abrió la ventana para llamarle.

Poco después, la luna empezó á señorearse nuevamente de los cielos. Iluminó al principio con lentitud, con mucha lentitud; las nubes fueron dejándole su lugar, y los horizontes se poblaron de las dulces visiones blancas que la luna parece lanzar sobre la tierra, como hados benditos que salen de su seno. Pero ¡ay! no era lo mismo en el callejón de las Monjas. Allí ningún buen hado podía detener su marcha: allí la luna parecía complacerse en mostrar con más horripilantes tonos las imágenes monstruosas de que el pensamiento abrasado de Luis se poblaba en aquel punto. La alta copa del ciprés pareció como nunca uno de aquellos fantasmas tomando im-

pulso para volar por los espacios; y la sombra del ciprés, agrandada notablemente en el suelo, semejó un gigante que tendió allí el enorme hachazo de monstruoso enemigo invisible.

—¡Ay, Milagros, Milagros de mi alma, cómo te perdí!

Esto clamaba el triste desoladamente, y el eco de su propio hablar zumbóle en los oídos como anatemas de muertes, como carcajadas tétricas de aquellas sombras, que le invitaron incesantes á morir la noche anterior, y que le invitaban á lo mismo aquella noche, con más empeño todavía.

Salían fantasmas en tropel de todos sitios; salían de allá del fondo del callejón por un lado y otro; salían de debajo de aquella tétrica arcada; salían de aquel postiguillo de hierro que vió Luis abrirse lentamente, presentando allá un fondo de llamas, que

distinguía extrañamente á través de los encajes que formaban el verdín y el jaramago; salían rápidas de aquel árbol que brotó del mismo muro, como una maldición que la impiedad lanzaba á los cielos; y hasta creyó Luis que brotaron las tremendas visiones de los negros tragaluces del claustro y de los huecos deformes del campanario del convento, para venir todos á rodearle y danzar con pavorosos ruidos de canillas y crujir de mandíbulas, invitándole á morir también para que su alma estuviese entre aquellas otras almas en pena. Las monjas seguían tañendo sus campanas en lúgubre clamor, y un rayo de luna acarició como beso bendito el tapiz de yedra, que trepaba desde el otro lado sobre el negro bardal.

Los fantasmas seguían danzando y diciéndole á coro:

—Tú morirás, tú morirás como nos-

otros hemos muerto; tú morirás, tú morirás como nosotros hemos muerto.

—¡No!—contestaba Luis aterrado.

Y el coro contestaba:

—Tú morirás, tú morirás.

Destacóse de repente del círculo uno de aquellos fantasmas, se aproximó á Luis resbalando suavemente por la tierra, le cogió por un brazo, y le dijo en acento de amenazas y maldiciones:

—Yo soy Ramón, yo soy el joyero á quien robaste los pendientes. Milagros me rechazó á todas horas, y yo me vengué en ella y en ti: yo te dejé sólo para que cayeses en la tentación y me robaras; yo no te delaté á la justicia, pero te delaté á Milagros; yo estuve siempre cuidadoso, y oía en la oscuridad, arrastrándome por el suelo, lo que hablabais; yo supe cuando le diste los pendientes, y supe decirle á ella, también, que los habías robado.

Milagros no será mía, pero no será tuya tampoco.

Luis dió un grito, y el fantasma se deslizó rápidamente, alejándose hasta parecerle á Luis que se mezclaba otra vez á los del círculo; aquel círculo de fantasmas que seguía danzando y gritando:

—Tú morirás como nosotros hemos muerto.

¡Aquel fantasma era el mismo que vió Aurora en la placeta; aquel fantasma era el hombre mismo que se metió la noche después en el aljibe!

XVII

Pasó un mes y otro mes, y Milagros no salió de su casa. Luis no logró verla desde la noche triste que recordaréis: no logró verla, aunque vagó como un espectro por delante de la ventana. Nunca se abrió ésta: nunca más logró ver la pensativa frente de la reina del Albaycín apoyada en aquellos hierros; nunca más sorprendió á Milagros, esperándole, llena de amor y llena de inquietudes.

Una carta tenía de ella. ¡Eso y nada más! Una carta que besaba constantemente; una carta cuyas letras desapa-

recieron casi, de tanto como las bañó con sus lágrimas al poner en ella sus besos; una carta donde «le pedía Milagros perdón por haberle tratado tan duramente, pero donde le juraba también, por su salvación y por la de todos los suyos, que era ya la felicidad imposible entre los dos, y que, siendo imposible, no hablarían ni se verían ya nunca: lo de no verse, así lo intentaría ella, por lo menos; pero lo de no hablarse dábalo por muy seguro, y Luis tenía más de una razón para conocer el carácter de Milagros.»

Había cesado Luis nuevamente en las tareas de su oficio: quedó sin trabajo; y, aunque lo tuviera, no trabajaría tampoco. Luis habíase desorientado completamente, Luis habíase perdido: se abandonó en el vestir y en el cuidado todo de su persona, que tanto le absorbía antes; retrajóse manifiestamente, y huyó del trato de sus

amigos; demacrábase y se entristecía cuanto más el tiempo pasaba y cuanto más iba comprendiendo lo imposible de atraer á su cariño el corazón adusto de la reina del Albaycín. Su imaginación estaba enferma, sin duda: se pobló de aquellos pavorosos fantasmas del callejón de las Monjas, y no había poder alguno que la dejase vacía de ellos. ¡Todos, todos allí, siempre con él, invitándole á no sabía qué tremendas zarabandas de muerte! Sus lugares favoritos eran el mirador de la Lona y el callejón famoso cuya historia ya conocéis.

Luis vivía en el barrio de la Alhambra desde que nació. Todas las noches, á la misma hora, bajaba por la cuesta de los Muertos para subir luego la del Chapiz, cuando ya nadie le podía encontrar.

Conforme bajaba por la cuesta de los Muertos, veía á su derecha los

troncos de raíces salientes, en el filo mismo del monte, como muñones despedazados, horribles; como caras de monstruos, sesgadas; como serpientes enroscándose unas con otras, para ayudarse en la subida.

A la luz de la luna adquiere aquel sitio algo de infernal, de dantesco, de tenebroso, y el terror va apoderándose de uno. Un aire frío levantábase en ocasiones, sorprendiendo á Luis en su lenta marcha. Crecía mucho el aire, á seguida, rugiendo después con estrépito al entrar y salir por los sombríos ajimeces de aquellos torreones de la Alhambra, teatro, en otros tiempos, de amores, de intrigas y de sangre.

Bajando la pendiente, se deja atrás la torre derruida del Agua. Un raudal deslízase, con murmullos extraños, lamiendo casi el pie de los murallones. Allí hay un acueducto, tétrico tam-

bién; pero no ejercía en Luis la extraña influencia que aquel otro del callejón de las Monjas. Tenía por fondo, á veces, aquel arco, en las tardes tormentosas, un cielo gris cargado de nubes; y por unos tejadillos sin nivel que medio se perdían en la oscuridad, recortándose con vigor en el fondo de aquel cielo é iluminándose con no sé qué luz misteriosa, asomaba un sauce que parecía inclinarse de pronto como en doliente sumisión plañidera. Bajando más, se encuentra uno con aquel Tocador de la Reina, resplandeciente y bello, con sus ventanitas de alicatados tragaluces, y con su templete de Abul-Hachach, donde la imaginación soñadora cree ver algún emir que espera, orando, la salida del sol. Deslízanse por el cerebro, como ardientes ráfagas, las salutaciones, las alabanzas, los versos coránicos de sus columnas y cartelas, y trasmina una

esencia por todo nuestro ser, sutil y profunda, de misticismo y de dolor, mezclándose con aquella otra que se cree aspirar del perfumador de las ropas de las damas cristianas. Luis, como todos los hijos de la Alhambra, conocía sus historias y sus leyendas; y, al bajar por allí, en aquellas tardes lóbregas, creía ver asomar por aquellos ajimeces sombríos el rostro pálido y fatídico de D.ª Isabel de Solís, muerta en el palacio de nieve del rey Mul-Hacen, y el rostro desencajado y amarillento de Aixa, que descuelga á su hijo, por la torre de Comarech, con las tocas de las odaliscas, para salvarle de los celos de aquella misma Zoraya; aquí el rostro grave y dulce de Isabel la primera; allá, por las alturas, los esqueletos de los príncipes, que se levantaron de su Rauda... pero creía ver principalmente en todas partes, sobre los troncos que se-

mejan muñones despedazados, y entre los sillares carcomidos de los muros, y por los tragaluces y ajimeces de todas las torres, y sobre el acueducto, y entre las ramas del sauce que mece el viento, el rostro pálido y suave, con diadema sombría de cabellos, de su Milagros, de su corazón, á quien nunca más podría ver.

Atravesaba Luis, con lentitud, callejones y más callejones, y aparecía, siempre á la misma hora, delante de la ventana de Milagros; pero ¡ay! la ventana permaneció cerrada día y noche, como si nadie viviese en aquel cuartito á que correspondía. Pasábase el tiempo, y después, inclinada la cabeza, fija la vista, pálido, introducíase Luis por el callejoncillo próximo, yendo á dar, á los pocos minutos, en el de las Monjas. Se sentaba sobre el enorme pedrusco, y allí permanecía hasta que empezaba á clarear muchas veces:

allí, con sus fascinaciones febriles, con sus ideas lúgubres, con su amor de muerte, con sus remordimientos, que le iban matando. Todo esto allí, junto al arco, sin importarle la humedad de la noche, ni el rayo que cayera; con su frente besada alguna vez por las yedras del bardal, y con su legión de fantasmas rodeándole de continuo, é invitándole á no sabía él qué locuras que le hacían sonreir.

Como otra vez había pasado, se le aproximó cierta noche uno de los fantasmas. Luis estaba dolorido, triste como nunca. Con sonrisa de imbécil contemplaba á los imaginarios espectros danzar en derredor suyo. Al aproximarse aquél, sintió como si las entrañas se le desprendiesen.

El espectro le cogió como otra vez le había cogido. Le cogió y díjole:

—Pero ¿tú no sabes que Milagros se está muriendo?

Luis iba á caer exánime; pero el fantasma le sostuvo, y añadió lúgubremente:

—Mi pronóstico se ha realizado: no será mía, pero tampoco tuya. Tengo, no obstante, el orgullo de haberla conocido mejor que tú: no me quiso por serte fiel, y yo supe, en cambio, matarla, y por tu misma mano, para que no fuese tuya.

Luis se desprendió fieramente de aquello que le oprimía. El fantasma huyó en la sombra. ¿Sería fantasma de verdad, Dios santo, ó sería un hombre como él, que le buscó su perdición y su ruina por vengarse de los desdenes de Milagros? De pronto recordó lo que había oído en boca del otro, de que Milagros moría, y corrió locamente hacia la casa de la Lona.

Amanecía cuando llegó. ¡Amanecía! Aquellos lugares estaban desiertos; los pocos edificios que por allí existen, cerrados aún.

Al llegar á la puerta de la casa de Milagros, se echó para atrás maquinalmente.

Una mujer salía, presurosa, descompuesta la faz, desordenados los cabellos, espantados los ojos.

—¡Aurora, Aurora!—exclamó Luis al reconocerla.—¡Dime qué ha sido de Milagros, por el amor de Dios!

Le reconoce Aurora también: le contempla con espanto. Luego dice, cediendo al profundo dolor que la lacera:

—¡Se muere, Dios mío, se muere!—Y huye con las manos cruzadas, flotándole el cabello y sollozando profundamente, á buscar á un sacerdote.

XVIII

Lanza Luis un grito y entra. No ve á nadie. Parece que ha perdido noción de todo. Llega á la habitación de los padres de la novia. Hay muchos vecinos en la puerta, y gente de la calle. Todos están pálidos, inquietos; todos cuchichean en voz muy baja. Los niños, en los regazos de las madres, miran con ojos de miedo á unos y á otros. Luis se abre camino entre la multitud y penetra en la sala. Nadie le mira, nadie le dirige la conversación, nadie le molesta, hasta que está ya próximo al

lecho de la moribunda. A la cabecera del lecho está el padre, sentado en un silloncillo, los codos sobre las rodillas y apoyando con las manos la cabeza. En un rincón está la madre sentada en el suelo, descalza, la cabellera suelta, envejecida. La madre gime y exclama entrecortadamente:

—¡Como los otros, Dios mío de mi corazón! ¡Como los otros!

Levanta el padre la cabeza, ve á Luis y quiere impedir que se aproxime. ¡Ay! ¡Pero ya Milagros le ha visto!

—¡No, no!—dice Milagros en voz opaca.—¡No! ¡Que venga! ¡Ven Luis!

El padre solloza y se sienta otra vez. La madre sigue gimiendo y exclamando:

—¡Como los otros, Dios mío de mi corazón! ¡Como los otros!

Luis se arrodilla delante del lecho de Milagros: la mira con profundo estupor. Aquellas dulces facciones de la

reina del Albaycín están marchitas; aquellos ojos negros, que parecían misteriosos fanales de amor, están hundidos en sus órbitas; aquellos suaves colores de rosas y azucenas son unos colores extraños, imponentes; un color terroso que hace estremecer.

—¡Milagros, Milagros de mi alma! —exclama Luis, destempladamente.

Como un eco á esta exclamación, óyense los sollozos del padre y de las personas que contemplan la escena, con el plañido, igual siempre, de la vieja del rincón:—¡Como los otros, como los otros!

—Luis,—dice ella estrechando débilmente las manos del hombre amado;—¿me castigará Dios porque fuí demasiado dura contigo?

—¡Milagros, Milagros! ¡Por el amor de Dios!—exclama él.—¡No pienses en mí! ¡Tu vida, tu vida solamente es lo que yo quiero!

—¡Mi vida es imposible!—murmura ella con una risa que desgarra.—¡Mi vida la entregué toda cuando cerré la ventana, aquella noche, para no verte más: sentí yo que se me desprendía toda al golpe que dieron los postigos al cerrarse.

—¡¡¡Milagros, Milagros!!!

Y, aunque alguien diga que Milagros habló más, se engaña: Milagros murió en aquel punto. Luis lanza un rugido de dolor y cae de bruces sobre el cadáver. Los vecinos se extienden por el patio con un clamoreo pavoroso de ayes y oraciones.

—¡Hija de mi alma!—grita el padre estrechando también á la pobrecita mozuela del Albaycín.

Y allá, en el rincón, escúchase, como nota horripilante, la voz de la vieja, que canta:

—¡Como los otros, como los otros!

. . . . . .

¡Corred, mozuelas del Albaycín, á la casa de la Lona, que Milagros ha muerto! ¡Corred, con vuestras lágrimas de dolor! ¿No oís cómo tañen las campanas? ¡Corred, mozuelas y mozuelos, con vuestros lazos más vistosos y con vuestras flores más fragantes y más frescas, á adornar su ataúd blanco! ¡Allá van todos, con sus trajes domingueros; allá van todos, que la reina del Albaycín no existe! ¡Doblad, campanas del Salvador y de San Cecilio! ¡Tañed lúgubremente, que la reina del Albaycín ha muerto! Ya sacan el ataúd entre cuatro mozuelas. Visten todas de blanco, como la blancura del féretro y como la pureza de la muerta. Otras mozuelas van detrás para suplir á las que ahora conducen al cadáver cuando ya se rindan, y luego lo llevarán otras, y luego otras. Van detrás los mozuelos con coronas de flores, y entre flores y cintas

se entierra dentro de su ataúd el cuerpo bendecido de la pobre mozuela que murió. ¡Ay, Dios glorioso! ¿Quién alegrará con su hermosura y con sus coplas las cruces y los altares del Albaycin? ¿A quién tomarán las mozuelas por modelo y á quién nombrarán las madres con envidia porque no tengan otra hija igual? ¡Corred, lágrimas de dolor! ¡Tañed, campanas, quejumbrosamente!

El cadáver va descubierto para que todo el mundo se recree por última vez en las dulces facciones pintadas de arrebol, para seguir la costumbre, por las amigas piadosas. La multitud le sigue lentamente: allá van, allá van. Detrás de todos va un hombre con la cabeza inclinada, los ojos febriles y el mirar torvo. Es Luis. Anda y no sabe á dónde va: piensa y no sabe lo que su pensamiento le dice.

Allá va la multitud detrás de la

muerta, y allá va Luis detrás de la multitud. Bajan la cuesta del Chapiz; bajan por la carrera del Darro. Ya están: ya están en el pórtico de la iglesia de Santa Ana. Los curas rezan y rocían el cadáver de agua bendita. La multitud se agolpa en derredor y se oyen exclamaciones de pena. Después de los responsos, arriba, arriba otra vez. Se oyen los ruidos de los pasos, el murmurar de los rezos; la gente asómase á las ventanas y el Dauro se desliza triste como un arrullo de oraciones y lágrimas.

La tarde declina. Es una tarde triste: el cielo está cargado de nubes. Siguen, siguen, y dejan á la espalda la cuesta del Chapiz y á la izquierda el camino de la fuente del Avellano. Luis va detrás, va el último, solo, frío. Parece otro muerto á quien todavía no labraron el ataúd. Se da, por un instante, cuenta de sus actos. Mira á un

lado y á otro. ¿Dónde está? ¿Qué le pasa? Al principio es un callejón, con una escueta puertecilla á la derecha, de postigos pintados de chillona almagra. Luego á sus pies iba quedándose el Dauro por la derecha y el paseo de los Tristes, y más allá, la parte baja del Albaycín, que ocupa el barrio de San Juan de los Reyes. ¡Tiembla de espanto! ¡Está en la cuesta de los Muertos!

Siente, de pronto, como si toda la sangre se le paralizara: un fuego en la retina, que sale hasta quemarle los párpados y el semblante; un acelerado latir del corazón luego, y gran sacudida, á lo último, de aquella sangre que se había paralizado. Yo no sé qué hondas supersticiones apodéranse de su espíritu: el lugar le parece melancólico y triste como nunca, la luz más extraña, los álamos más altos y unidos, el bosque más negro, los cármenes di-

minutos, el Tocador de la Reina más solitario... y, de todos aquellos sitios, salen en tropel, como ninguna noche los vió, aquellos fantasmas del callejón de las Monjas, á brindarle con no sabía qué dulce tragedia, de la cual sería el héroe.

—Tú morirás como nosotros,—le dicen los fantasmas;—tú morirás como nosotros.—Y allá, como complemento de aquella música aterradora, se oyen las pisadas de los enterradores, que llevan ahora el ataúd de la pobre mozuela del Albaycín.

Ya se perdió todo ante él. Ya empieza una escalinata violentísima. ¡Un recio muro cerró á su derecha las hermosuras del paraíso! A su izquierda levántase un monte sombrío, cortado verticalmente. De sus grietas salen, en la misma pared que el monte cortado forma, grandes chumbas y unos arbustos de florecillas silvestres que

semejan la última sonrisa de amargura de un moribundo.

¡Ah! ¡Cómo le mata la fiebre! ¡Cómo le gritan los espectros del arco de las Monjas:—¡Tú vendrás con nosotros! ¡Tú vendrás con nosotros!

El sol se ha ocultado: parece la noche más cercana porque las nubes se amontonan súbitamente en el cielo: el callejón de la cuesta se oscurece. Sube Luis con rapidez, y ahógale á poco el cansancio. Luis quiere respirar, quiere que se ensanche su espíritu con un poco de vida y vuelve la cabeza. ¡Halla el Albaycín enfrente! Parécele que hay allí más claridad: divisa sin trabajo las torres de sus templos. Allí ve la luz, allí vuelve á la vida. Oyó el repiqueteo alegre de la campana como clamor delicioso y bullanguero de la alegría de aquellos barrios y del grito satisfecho de la copla de las mozuelas... y delante ¡oh

Dios!, delante de él, las pisadas de los enterradores, monótonas, tristes, lúgubres. ¡En marcha! ¡Hay que continuar! ¡Adiós, Albaycín! ¡Adiós clamoreo de campanas! ¡Adiós, mozuela donairosa que cantas tu alegría!... ¡La mozuela! ¿Acaso, la que va delante, en su ataúd blanco, que conducen en hombros, no es la mozuela que cantó en el Albaycín sus dulces coplas de amor, haciendo dúo con el alegre repiqueteo de las campanas?

Allá fué, allá fué, siguiendo á la mozuela del ataúd blanco, ¡á su Milagros de su corazón! Costeó siempre los gruesos muros de la Alhambra á su derecha; debajo casi de la torre de los Picos vió la puerta de Hierro, hundida en penumbras imponentes; sigue otra torre y otra, la de las Infantas, la de la Cautiva. ¡Entonces sí que le parecieron verdaderos fantasmas de gigantes, todos con su mismo color pardus-

co y sus ajimecillos de fondo negro, como las soluciones misteriosas de ocultas leyendas orientales! Entonces los muros aquellos no estaban revestidos de hojas, de aquellas hojas que á las caricias blandas del aire susurran no sé qué salmos vagorosos por el alma en pena quizás de alguna cristiana que se olvidó de Dios con las caricias ardientes del moro enamorado.

Entonces, como nunca, pobló su imaginación de extraños fantasmas aquellos lugares. Todo lo que su vista pudo alcanzar le pareció que iba tomando forma lentamente, amoldándose á las figuras extravagantes que en su cerebro ardían: á la dudosa claridad vió aquellos muros de la derecha, que parecieron erguirse con lentitud y crecer hasta una altura inconmensurable:

Acométele de pronto una idea súbita: no quiere ir detrás de la muerta.

Corre, la adelanta, párase sudoroso, aterrado, moribundo. ¡Ah! ¡Cómo es posible que un humano pueda ir nunca delante de la muerte! Se ha detenido, allí, bajo aquel arco parecido al de las Monjas. Allí está el sauce; allí está la corriente que se despeña con ruidos de sollozos; allí está; y oye Luis otra vez las pisadas, más duras, más firmes, conforme van aproximándose. No puede andar y cae de rodillas contra el muro.

El agua sigue corriendo delante de él, el viento hace crujir las almenas, encorva los árboles, silba iracundo al entrar y salir por los sombríos ajimeces, y las ramas del sauce continúan moviéndose con violencia detrás del arco, como en lúgubre danza de muertos. El rumor de los pasos es más fuerte: óyense ya junto á el. El ataúd blanco de la pobre mozuela muerta pasa delante. No puede más, y Luis

huye loco. El ruido de las pisadas, triste, lúgubre como antes, se va perdiendo; deslízase el ataúd como una pequeña nube blanquecina por debajo del arco, encuentra á poco las ramas del sauce que le acarician blandamente al pasar, gime el arroyo lastimero, y el aire lanza una inmensa tocata fúnebre, azotando poderoso las columnillas de los ajimeces y las ramas de los árboles.

. . . . . .

¡A la madrugada siguiente amaneció Luis ahorcado en el acueducto del callejón de las Monjas!

FIN